

Testimonio del duelo en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince

Por: María Isabel Rojas Díaz

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

MAESTRÍA EN LITERATURA

TUNJA, 2017

**Manifestación del duelo en el testimonio novelado *El olvido que seremos* de Héctor
Abad Faciolince**

Por: María Isabel Rojas Díaz

Director: Mg. Hernando Escobar Vera

**Tesis presentada como requisito de grado para optar al título de Magister en
Literatura**

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

MAESTRÍA EN LITERATURA

TUNJA, 2017

AGRADECIMIENTO

*Al profesor Hernando Escobar que
por sus grandes aportes y ayuda
hizo posible ésta investigación.*

DEDICATORIA

*A mi familia y amigos:
mediante sus palabras de ánimo y apoyo
motivaron mi búsqueda..*

Trabajo de grado: Manifestación del duelo en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince

Resumen

En el presente trabajo de grado se analiza la obra *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince desde la estética del discurso, tomando como premisa que la obra fue motivada por una vivencia de duelo personal del autor.

El estudio abarca las particularidades narrativas por medio de las cuales el autor elabora su duelo, que a la vez es el duelo de muchos colombianos ya que la obra refiere hechos de injusticia social y política que conmocionaron al país entero.

Se elabora una reflexión y análisis de los elementos que forman parte del proceso para evidenciar cómo el discurso se vuelve artístico; además, se resalta el tratamiento literario, el cual es meritorio en tanto no se queda en la narración del acontecimiento, sino que logra una obra artística de reconocimiento dentro de la literatura testimonial colombiana.

Palabras clave: Literatura testimonial, duelo, memoria, *El olvido que seremos*, Héctor Abad Faciolince.

"La escritura abre y cauteriza al mismo tiempo las heridas".

Millás, Juan José

Contenido

Introducción.....	1
Capítulo 1: Duelo, trauma y herida social.....	9
Activación de recuerdos.....	15
Rechazo, negación, auto reproches	17
Adaptación y asimilación de la pérdida.....	20
Capítulo 2: Testimonio, discurso del duelo, narrativa memoria-olvido y memoria colectiva.....	27
Discurso del testimonio duelo: desde el lenguaje.....	34
Función de la experiencia en la narrativa testimonial del duelo.....	37
La construcción de sujeto a partir del ejercicio de la memoria.....	42
Narrativa memoria – olvido en el testimonio del duelo.....	47
Conclusiones.....	54
Referencias	

Introducción

Las obras literarias que han documentado la historia colombiana de finales del siglo XX y principios del XXI son un importante legado para nuestra memoria nacional, no solo por registrar los momentos de crisis de un país que producía a diario noticias sobre narcotráfico, guerrilla, corrupción estatal, violación de derechos humanos, desaparición de líderes sociales, secuestros, etc., sino porque la literatura y otras expresiones artísticas tuvieron un papel relevante en la denuncia de hechos infames y de solidaridad con las víctimas de tales hechos. Dentro del universo literario dedicado a este tema, están las obras testimoniales, algunas con cierta repercusión social o literaria, una de ellas es *El olvido que seremos*, del narrador y periodista Héctor Abad Faciolince, obra objeto de estudio del presente trabajo.

A través de esta obra, el autor retrata diferentes episodios familiares y deja manifiesto el sentimiento de indignación por las injusticias sociales, la impotencia de hacer frente a un monstruo invisible que rondaba el país y su familia, y el estremecimiento por el dolor de la muerte de su padre. Este último aspecto es el carácter esencial del análisis del presente estudio; la manifestación del duelo en la obra hizo que me preguntara ¿en qué medida el autor elaboró su duelo mediante la escritura?, ¿el ejercicio de la memoria transformado en obra literaria es una forma de no echarlo al olvido?, ¿fue el duelo la motivación principal para su creación literaria? Con estos cuestionamientos emprendí el recorrido por la obra y su análisis.

El olvido que seremos (2007) de Héctor Abad Faciolince muestra un discurso testimonial que constituye la característica más sobresaliente de la obra. La voz narrativa en primera persona produce como efecto que se perciba la obra como una confesión directa al lector y una invitación a que este se vincule con una experiencia ajena, es decir, que experimente empáticamente los recuerdos que comparte el autor, los cuales conducen al dolor, y a superarlo mediante perdón y olvido.

La obra facilita un duelo colectivo ya que, extrapolando las condiciones que rodearon el asesinato del padre del autor, el público lector se involucra con un sentimiento de comprensión que ayuda a elaborar el duelo de una sociedad caracterizada por la intolerancia y la impunidad.

Este trabajo de grado busca esclarecer las particularidades con las que el autor, mediante el testimonio, elabora el duelo, y a partir de ahí analizar el proceso en el que el discurso se vuelve artístico. En ese sentido, esta obra testimonial permite observar cómo un ejercicio personal de desahogo alcanza, a través de diversos mecanismos de distanciamiento, la calidad de lo literario; es decir, trasciende lo meramente subjetivo para apelar a lo intersubjetivo. Al lado de la expresión del dolor personal y de la visión de mundo del escritor, se tejen también elementos del contexto social e interpretaciones acerca del devenir, en particular del lamentable panorama que se pronostica cuando se vive en una sociedad con una serie de heridas abiertas. De este modo, la escritura se presenta como mecanismo que sana y depura el sentimiento de culpa que genera el olvido en el ámbito personal y social.

Para lograr el objetivo propuesto de develar el proceso personal escritural del duelo que vive el autor, se requiere leer la obra entrelíneas e identificar los elementos narrativos que concatenan los capítulos y que hacen que a medida que avanza la lectura esta se vuelva más intensa y crítica.

El empezar la obra con los recuerdos de la infancia y de la estupenda relación padre e hijo recrea una atmósfera llena de nostalgia, añoranzas, memorias de dolor, de duelo y olvido; un terreno de indignación, resentimiento e impotencia social ante los hechos.

Es plausible que cada palabra escrita produjera un efecto reparador en el autor, y que el hecho de profundizar en el pasado y reactivar en la memoria duros recuerdos para plasmarlos en un ejercicio creativo, sea una forma de resarcirse y fortalecerse para superar el trauma y aceptar el duelo.

La obra *El olvido que seremos* se ha estudiado y citado desde varias perspectivas entre ellas: 1) la geopolítica global de la memoria en “Los paseos por Auschwitz de Héctor Abad Faciolince” de la profesora de literatura María del Carmen Caña; 2) el testimonio entre la memoria y la historia en “El olvido que seremos y Mi confesión; testimonio, memoria e historia” del comunicador social Fredy Leonardo Reyes; 3) la muerte violenta en “La muerte, la memoria y el olvido en escritos de Héctor Abad Faciolince” de la psicóloga Victoria Eugenia Díaz; 4) La reconstrucción de “Imágenes del tiempo en El olvido que seremos de Héctor Abad Faciolince” de Andrea Fanta Castro; 5) “Lectura socio-crítica de El olvido que

seremos: de la culpa moral a la culpa ética” de Augusto Escobar Mesa; y 6) “Sobre un memorial de Héctor Abad Faciolince: El olvido que seremos” de Adolfo Castañón.

Consultados los trabajos antes mencionados como antecedentes para la elaboración del presente trabajo, se observa que a pesar de que la obra de Faciolince se ha estudiado desde varios enfoques, ha sido poco explorado el proceso del duelo escritural como medio para la superación de la pérdida. Veamos:

El artículo “Los paseos por Auschwitz de Héctor Abad Faciolince” está hecho con la perspectiva de analizar el discurso de la obra *El olvido que seremos* en relación con diferentes referentes de duelo y recuerdo, para que con ellos se forme “un espacio ético globalizado y transnacional de la memoria donde se manifiesta la violación de los derechos y por ende se busque de alguna manera un apoyo político a su demanda directa a estos grupos insurgentes” (p. 47). Luego de algunos ejemplos de la forma narrativa que implementa el autor, de hacer un breve resumen de su contenido y de mencionar otros con la misma temática, la autora confirma que “la novela podría ser interpretada como la manifestación discursiva de lo que Dominick LaCapra denomina el proceso de duelo, ya que el narrador contempla la escritura como la práctica articuladora por medio de la que logra reponerse parcialmente de la experiencia traumática” (p. 45).

Sin embargo el estudio no especifica el proceso del duelo, sino que lo toma -entre otros- como mecanismo para concluir que el ejercicio de creación de Abad Faciolince está encauzado “hacia la institucionalización de la memoria histórica” inferencia producida por el espacio ético globalizado y transnacional de la memoria, elaborada en la misma escritura (p. 49). En la perspectiva que aquí se adopta, surgen preguntas las cuales se resuelven mediante éste trabajo frente al poder que posee la escritura en consecuencia al manejo de las emociones del proceso de duelo y cómo se configura tras la puerta de la escritura detalles a los que no se aluden en profundidad con respecto al testimonio novelado del duelo de Abad Faciolince.

Fredy Leonardo Reyes Albarracín en su artículo “El olvido que seremos y Mi confesión: testimonio, memoria e historia” reflexiona sobre la relación entre memoria e historia, tomando los testimonios que sobre Carlos Castaño aparecen en las obras relacionadas para

sustentar que a través de aquellos se configuran la memoria y la historia; concluye que una novela con características biográficas puede ser estudiada a profundidad sobre las funciones sociales de la historia a partir de las categorías de Tzvetan Todorov de “memorias literales” y “memorias ejemplares”, frente a lo cual dice:

En esa perspectiva y siguiendo el planteo de Todorov, el testimonio de Héctor Abad Faciolince posibilita el duelo personal, la escritura como vehículo para olvidar y perdonar; pero también se constituye en “memoria ejemplar” en el momento en que el sentido de su relato, por un lado, interpela la “verdad” que pretende tener la versión del que fuera considerado uno de los principales jefes de los grupos paramilitares en el país; por otro, propicia identificación a partir de reconocer que su recuerdo y su dolor se funde en las “otras voces” que ha dejado el accionar del conflicto interno armado, es decir, el ejercicio de reminiscencia se encuadra en un horizonte público en el que el pasado, siguiendo a Todorov (2008: 273 - 274), se constituye en acción para el presente. (Reyes Albarracín, 2010, p. 29)

Aunque su investigación no se centra en el duelo, Reyes también lo menciona como una reacción dentro del proceso de la narración de acontecimientos, que de forma directa y a través de la memoria, hace que todos esos recuerdos se enmarquen en un horizonte social colectivo, incluyendo aquí lo que los lectores pueden experimentar, compartir e identificar a través de la recreación de sucesos testimoniales. A través de éste aporte, se enmarca la obra literaria de Héctor Abad Faciolince como literatura testimonial producto del ejercicio de Reyes al abordar desde el testimonio, la tensión que se configura entre memoria e historia y en consecuencia hallar las funciones sociales que puede tener la historia. (p. 24)

En el estudio de Victoria Díaz se toma el trabajo de Abad para mencionar que la muerte, la memoria y el olvido son temas transversales en sus obras, vislumbrando una escritura subjetiva y revelando un proceso de transformación de sus ideas a partir de las experiencias vividas. De su trabajo se resaltan puntos principales que aportan a este trabajo como el ejercicio de memoria para narrar la muerte:

El olvido que seremos (2006) justifica la narración de la muerte, del dolor íntimo, con la intención de que la vida de su padre sea recordada, para que el olvido [...] se aplaque un poco y tarde en borrar de la memoria un hombre bueno. Lo asume como un deber ineludible: contar la muerte como una forma de afianzar el recuerdo, no solo en la memoria privada de la familia, sino en la de una sociedad representada en un lector para quien posiblemente esta historia es ajena o, cuando menos, lejana. (Díaz, 2014, p. 11)

Además, cita a David Rieff para resaltar la posición que tiene el autor frente al olvido, que si bien es cierto se escribe para recordar, también es importante el escribir para olvidar:

Todo debe llegar a su fin, incluso las penas del duelo. De otro modo, la sangre nunca se seca, el fin de un gran amor se convierte en el fin del amor mismo y, mucho después de que la disputa haya dejado de tener sentido, el recuerdo del rencor perdura. El perdón no es suficiente. No puede sustraerse a su propia contingencia. Sin olvido, seríamos monstruos heridos, sin perdón dado o recibido... y, suponiendo que hemos estado prestando atención, seríamos inconsolables. (Rieff, 2012, p.81)

El olvido se presenta como una proposición ética y necesaria que permite a las sociedades alcanzar la paz, y a los afectados, cicatrizar las heridas causadas por la violencia, de tal forma que puedan construir un nuevo sentido para sus vidas. Y con fundamento, el duelo sería motor para una escritura de sanación.

Por otro lado, Andrea Fanta Castro en su artículo “Imágenes del tiempo en El olvido que seremos de Héctor Abad Faciolince” plantea desde un contexto social de la violencia en Colombia varios enfoques de verdad, memoria e historia, que surgen en el transcurso de la narración de la obra y que determina una dimensión entre el pasado – presente como una colección de imágenes.

Siendo así, frente al ejercicio escritural reconoce que:

En una especie de catarsis, Abad Faciolince quizás pudo haber reconocido la muerte para que la repetición de la escena, nunca vista, cesara. Y simultáneamente, sin que implique una contradicción, el enterrar esas imágenes a través de la escritura es una manera de situarla, hacerla presente a cada instante, en todo momento, en la medida en que se actualiza constantemente en cada lectura (pág.37).

Esta investigación aporta considerablemente a este trabajo debido al enfoque y estudio que se le atribuye a la memoria, narración testimonial, efecto del proceso de escritura y verdad. Además, al énfasis que le proporciona a las palabras escritas como medio para la descripción de imágenes del pasado, reconocimiento de heridas, contar verdades y hacer justicia.

Si bien Fanta toma a consideración los temas anteriormente mencionados y aludidos en éste trabajo, deja también mediante su conclusión una invitación: buscar en las palabras otros significados que cierren el abismo por donde se precipita la justicia (p. 39). Las palabras en

efecto se deben examinar desde otros significados y no solo ante la justicia, en este trabajo se planteará la búsqueda de otros significados desde el testimonio del duelo como cura.

En cuanto al estudio que realiza Augusto Escobar Mesa en su artículo “Lectura sociocrítica de *El olvido que seremos*: de la culpa moral a la culpa ética” representa una valiosa contribución a este análisis por tratarse de un estudio sociocrítico frente al cómo la obra *El olvido que seremos* reconstruye una biografía del padre amado muerto por sicarios y finaliza como una autobiografía del narrador-hijo, manifestando así, que la transición biografía – autobiografía es “una confesión liberadora de sí mismo ante los otros, los lectores” (pág.165)

Si bien es cierto el estudio de Escobar recorre paso a paso la descripción total de la obra desde una postura sociocrítica, su mayor valía se fundamenta en el hecho de afirmar que la obra como tal surge del producto de la culpa que el autor siente frente a los otros,

Aunque en ese volver del narrador-autor sobre una memoria lastrada por la culpa —gracias a la condición de artista y hombre laico contemporáneo—, el sentimiento de culpabilidad moral que puede constatarse en todas las palabras resaltadas por mí en los fragmentos discursivos del narrador va sedimentándose para dejar salir el de una culpabilidad ética en una vida ética, en el sentido de una -conciencia de culpabilidad, no ante Dios, sino en relación con los otros-. (pág. 191)

Según Escobar, por consiguiente, Abad parte de la culpa para exorcizarla de forma escritural en un testimonio el cual sirve de confesión abierta que busca el perdón para el autor y para los otros, creando de ese modo la cicatrización y cura. (pág.192). En efecto, considero que la contribución que hace Escobar deja la semilla de intriga frente al “efecto de cicatrización y cura” que realiza el narrador en *El olvido que seremos*. Mueve por consiguiente el deseo para buscar en este trabajo el efecto de las palabras a través del testimonio novelado de Abad Faciolince desde la transfiguración de su propio duelo.

Y como último, las opiniones de Adolfo Castañón en su reseña “Sobre un memorial de Héctor Abad Faciolince: *El olvido que seremos*”, contribuye con el hecho de reafirmar al final de su escrito que la obra *El olvido que seremos* es un “libro catártico; su medicina vale bien como vacuna o cauterio para quienes no creen que los territorios de las Américas españolas deban seguir siempre la misma vorágine, el mismo unánime y convulso pulso” (pág.116). En esta reseña Castañón cuenta con la misma opinión de Abad Faciolince para

reafirmar que la obra literaria se puede leer como un memorial de agravios, como novela o como poema trágico donde la muerte se anuncia sigilosamente (p. 115), comparte la intención que existió al escribir *El olvido que seremos*, cita Castañón a Abad Faciolince:

Mi mirada es distinta: no me detengo a describir los detalles del acto violento, sino a dar cuenta del dolor producido. Escribo desde el lado del que recibe las balas porque no va a empuñar un arma. Cuento desde la pasividad, de una pasividad trágica, del que no quiere venganza (p. 114)

No hay otro argumento más contundente para este trabajo, que la voz misma de Abad al reconocer que su creación no se hizo con el fin de encausar la escritura hacia la descripción del brutal asesinato de su padre, sino dar cuenta del dolor que le produjo este episodio de su vida. A este respecto, surge la necesidad en este trabajo de analizar el cómo se elaboró el duelo mediante la escritura ya que no hay una especificidad del proceso en sí.

De cierta forma, los estudios realizados confirman la aproximación de presentar la obra *El olvido que seremos* desde; el trauma, la memoria, la violencia, las heridas, la culpa, el testimonio, el duelo, la muerte, la verdad, -temas en común del contenido- sin embargo, aunque decanten en el hecho de reconocer que la obra literaria es un libro catártico como producto del duelo atravesado por el autor, no ahondan en el cómo se elaboró el duelo a través de la escritura.

Como un aporte desde la literatura, a las posturas que hacen referencia al duelo en la obra *El olvido que seremos*, se presenta este estudio bajo la siguiente estructura:

En el primer capítulo se analiza cómo esta obra aborda el duelo, el trauma y la herida social, se propone el concepto de duelo desde el dolor; se dialogará con las teorías de Freud sobre la reacción frente a la pérdida de un ser querido y sobre algunos conceptos de duelo desde el psicoanálisis para reconocer y entender la forma narrativa en el proceso de duelo que el autor desarrolla en su obra testimonial, y que de alguna forma nosotros, los lectores, también hemos experimentado; también se hablará del papel de la memoria en la activación de recuerdos.

Al llegar al segundo capítulo se define el concepto de testimonio desde varias perspectivas, como lo son género, sujeto-subjetividad, experiencia, lenguaje y memoria, para explorar *El olvido que seremos* y responder a la postura discursiva del duelo que se construye

en el narrador. Además, analizar el ejercicio de escritura testimonial junto con sus características para reconocer el efecto que produce en los lectores, el hecho de no ser lectores pasivos, indiferentes, sino lectores activos, apropiados del dolor ajeno, situación fundamental para entender la obra literaria frente a los fenómenos de la sociedad. Se mantendrá un dialogo con varios autores relacionando memoria-olvido y memoria colectiva.

Del análisis realizado se desprende la idea de que la reconstrucción de los recuerdos, puestos literariamente en la obra, es una forma de elaboración del duelo del autor, y a su vez del duelo colectivo ya que estos relatos testimoniales hacen parte de una realidad nacional. La relevancia de la obra radica entonces en su alcance literario, en el estilo narrativo que acerca al lector y lo sensibiliza, que partiendo de un hecho particular trasciende a lo colectivo.

La escritura como arte juega un papel mediador que permite situar el duelo en relación con la memoria y el olvido, como una forma de dar sentido a las pérdidas, ubicándolas además en un lugar de la memoria colectiva. La obra literaria es, en este caso, el bálsamo que alivia el alma; en ella las palabras tienen el poder de transformar el dolor en arte y de inmortalizar las vidas idas.

Héctor Abad Faciolince muestra sin tapujos sus experiencias, haciendo que sus relatos no sean ajenos a nuestras vivencias, con ellos capta la atención e interés del lector por conocer la historia que se desarrolla y saber si esas memorias son o no comprobables.

Es importante conocer la dimensión que abarca el testimonio como forma específica a través de la cual se elabora el duelo, para ello, se retoma el papel que desempeña el testimonio como literatura, como resultado de una experiencia en relación con el sujeto y la subjetividad, y en tanto es una forma de producir memoria, esto con el fin de proporcionar al lector una visión holística de lo que es, en lo que se constituye y lo que genera el testimonio frente a la obra literaria.

Capítulo 1

Duelo, trauma y herida social

La elección de este nivel interpretativo del duelo ante esta obra literaria, se hace por el hecho de considerar el duelo como una reacción humana, y como tal, un estado que lo experimentamos todas las personas, indistintamente del nivel económico, raza o religión. Es decir, el duelo no discrimina, llega en cualquier momento y se apodera de nosotros en forma particular o colectiva.

Podemos entender que el proceso de escritura, no solo cauteriza de alguna forma la herida que dejó la pérdida de un ser querido, sino que este proceso llega a tocar los corazones de otros, haciendo la escritura más humana, más real, más abierta, traspasando los límites del arte y transformando el dolor en serenidad.

De este modo, y partiendo de que el duelo sorprende a todas las personas, tenemos que ahondar en conceptos que atañen la personalidad del ser humano como los principios teóricos definidos por el psicoanalista Sigmund Freud y los de Laplanche relacionados con procesos de duelo. A esto se le sumará el diálogo constante con la obra *El olvido que seremos* con el fin de conocer cada etapa que realiza el autor frente a la elaboración del duelo y dar respuesta a lo que en otros trabajos realizados sobre la obra se admite como un libro catártico, resultado del duelo que realiza el autor. Si bien los anteriores estudios lo admiten, no profundizan en la elaboración del duelo como tal.

A continuación se mostrará el motivo que vincula *El olvido que seremos* hacia el duelo, luego se distribuirá este capítulo en tres fases representativas a la hora de analizar este proceso las cuales se distribuyen en el siguiente orden; a) activación de recuerdos, en donde el autor parte de la rememoración para dibujar nuevamente su vida pasada junto con su familia, evidenciando de esta manera un lapso de búsqueda y añoranza retratada en su forma discursiva llena de amor y veneración, b) negación y rechazo, en el que el autor da un giro a su discurso ya impregnado de odio, ira, en parte melancolía y denuncia, c) adaptación y asimilación de la pérdida, en torno al cual el autor transmuta el dolor en perdón y olvido

rescatando así lo bueno de ese ser que no está pero que deja en él el recuerdo de “la entrega de una vida dedicada a ayudar y a proteger a los otros”. (Abad, 2006, p. 255).

La obra testimonial *El olvido que seremos* reúne una serie de hechos que tienen como *leit motiv* el asesinato del padre del autor, los cuales solo pudieron ser narrados, como el mismo autor lo confiesa, después de casi veinte años de sucedidos y después de muchos intentos, tal vez porque el dolor superaba el fluir de sus palabras; pero al final puede considerarse que la obra es el producto del duelo que el autor hizo frente a la pérdida de su padre.

El efecto estético parte del relato testimonial que recrea un pasado en el presente. Para ello la reconstrucción de la vida de los personajes y su entorno es esencial para dar testimonio de lo que se quiere: “al escribir este libro [...] entendí que la única venganza, el único recuerdo, y también la única posibilidad de olvido y de perdón, consistía en contar lo que pasó, y nada más” (Abad, 2006, p. 225).

El objetivo pues de Abad Faciolince es contar lo que pasó con un propósito de búsqueda y la eventualidad de encontrar olvido y perdón. No es un libro exclusivamente de memorias, es su testimonio, la manifestación de su necesidad de justicia y un documento en el que el autor comparte su proceso de duelo:

Este libro es el intento de dejar un testimonio de ese dolor, un testimonio al mismo tiempo inútil y necesario. Inútil porque el tiempo no se devuelve ni los hechos se modifican, pero necesario al menos para mí, porque mi vida y oficio carecerían de sentido si no escribiera esto que siento que tengo que escribir, y que en casi veinte años de intentos no había sido capaz de escribir hasta ahora. (Abad, 2006, p. 232)

Primando la intención del autor, la obra puede ser vista desde distintas perspectivas, se considera una luz más que necesaria, urgente, como un faro que guía hacia la verdad y a la vez una narración de vivencias personales plenas de felicidad y de dolor:

Este “memorial sin agravios” no es —ni podría ser— únicamente un libro oscuro: su valor estriba precisamente en su sed de luz y su hambre de formas nítidas y de evocaciones amenas y risueñas, felices, invariablemente venturosas, pues no hay otra forma de partir y compartir el duelo que recordar los buenos tiempos en la hora de la miseria. Es un libro que

huele a felicidad y a fragancia de rosas, como las que cultivaba en su finca al final de sus días ese avatar socrático que fue el doctor Abad Gómez y que encuentra en las 274 páginas de su breve e intenso memorial una digna urna de palabras a la medida de su estatura moral. (Castañón, p. 116)

La obra que habría podido ser exclusivamente un ejercicio personal de desahogo, logra la calidad de obra literaria a través del distanciamiento y del uso de una narrativa particular, enriquecida con el lenguaje literario y la expresividad que conlleva el narrar temas íntimos; como ya se dijo es la forma de trascender, pasa de lo subjetivo al plano intersubjetivo.

Cuando alguien se atreve a contar la experiencia de la pérdida de un ser querido y da el permiso de conocer su dolor, lo que vivió, hace que indirectamente, como lectores, formemos parte de ese duelo y se vuelva un poco más llevadero, parafraseando a Bonnet, para que el dolor se apacigüe al ser compartido con otros (Bonnet, 2013).

La definición común de duelo es el dolor o aflicción causados por la muerte de alguien, también se entiende por duelo la reunión de parientes y amigos que asisten a la casa de un difunto, a su entierro o a los funerales. Para efectos del presente estudio el concepto que se tendrá en cuenta es el de duelo igual a dolor, por la pérdida de alguien o de algo muy querido.

La palabra proviene del latín *dōlus*, que significa dolor, el duelo es el “dolor, lástima, aflicción o sentimiento, incluyendo las demostraciones que se hacen para manifestar el sentimiento que se tiene por la muerte de alguien”.¹

Freud define el duelo como “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (Freud, 1979). En este caso, para Freud no solo se experimenta duelo ante la pérdida de un ser querido, sino también en situaciones particulares como el no haber cumplido alguna meta a corto, medio o largo plazo; no haber realizado algún sueño; el aferrarse a algún elemento material que tenía gran valor afectivo y perderlo; o al hecho de ser exiliado de su país y añorar el regreso a su

¹ Tomado del diccionario de la lengua española de la Real Academia Española, edición del tricentenario. Consultado en línea: <http://dle.rae.es>.

hogar, etc. El concepto de duelo no se centra solamente en la pérdida de una persona, también alude a las cosas materiales, estados, sentimientos hacia algo que se aprecia o estima.

Todos en algún momento hemos atravesado por una situación de pérdida y debido a esta hemos reaccionado al dolor generado por el apego, vínculo o lazo afectivo frente a la persona o abstracción en cuestión. Por ejemplo, el lazo de unión hacia algo material puede estar relacionado con el esfuerzo con que fue conseguido; con un ser querido hay diferentes razones, los lazos se unen por la fortaleza de sentimientos como el amor, el afecto familiar, fraternal, de amistad, sentimientos de gratitud por efecto de acciones tan humanas como compartir, acompañarse, escucharse, contar con alguien, adquirir experiencias, etc. Es casi imposible no sentir apego frente a tales sentimientos.

Y cuando se trata de un vínculo humano fuerte el duelo es inevitable, diferente sucede con los objetos, según Freud “si el objeto no tiene para el yo una importancia tan grande [...] reforzada por millares de lazos, tampoco es apto para causarle un duelo o una melancolía” (Freud, 1979, p. 253).

El duelo se produce cuando existe un “lazo” entre dos personas, no todos pueden manifestar el duelo sin razón alguna como se mencionó anteriormente. En el caso particular de la obra *El olvido que seremos*, el lazo se demuestra en el apego afectivo entre los protagonistas de la historia, padre e hijo, Héctor Abad Gómez y Héctor Abad Faciolince. La remembranza empieza con el buen papel desempeñado por el padre y el vacío de su ausencia que se lee entre líneas; sin embargo, en las expresiones que utiliza el autor al recordarlo, se evidencia el perdón hacia quienes cometieron el asesinato y la tranquilidad de poder hablar de ese ser querido sin dolor.

Para Abad Faciolince el proceso del duelo es de difícil manejo porque está primero el dolor por la muerte de su padre a causa del conflicto armado y alrededor de este hecho otras muertes, amenazas y el dolor de un país que vive en medio de la violencia. En cuanto al resentimiento Escobar afirma que la obra literaria de Abad:

Es la historia de un yo testigo que va confesando el gran amor a su otro yo (el padre) más que a sí mismo y que a cualquier otro ser posible o imaginable, por eso la reconstrucción a

pedazos de ese ser que termina siendo no solo la imagen del padre, sino la de la sociedad colombiana en sus dos facetas contrapuestas: el amor paternal presente y la solidaridad social del padre, que se opone a la ausencia del padre en la mayoría de los sicarios y asesinos a sueldo y, por ende, su indefectible resentimiento por tal vacío impuesto. (Escobar, 2011, p. 173)

A pesar de que se trató de una muerte premeditada por Carlos Castaño fundador de las Autodefensas Unidas de Colombia, en *El olvido que seremos* la muerte aparece súbitamente con el consecuente efecto de perplejidad, dolor, consternación y el incontenible deseo de reclamar a “alguien” por su muerte: a la justicia colombiana, a los autores materiales o intelectuales del asesinato, un reclamo a gritos que debe ser reprimido para evitar la muerte de otros seres cercanos con quienes el autor también tenía fuertes lazos de unión y sentimientos de amor filial. La obra de Abad Faciolince tiene un gran componente de recuerdos que forman parte de esa cadena de dolor.

Desde luego, “asumir las pérdidas implica una compleja tarea, que supone descubrir lo destruido en uno mismo, es decir, reconocer la vivencia de muerte alojada en la propia interioridad” (Lira, 2010, p. 20). A partir de lo subjetivo es cuando el proceso de duelo toma forma en la narrativa de Abad, la activación de recuerdos es el despertar del pasado íntimo y personal. La literatura explora el lenguaje de lo subjetivo tornándolo estético al tocar el pasado en el presente de un autor, de tal forma que “da espacio a otras voces que permiten al lector reconstruir el mapa y los trazados de una familia rota, un Estado asediado, una sociedad al borde del abismo y una ideología hegemónica impuesta por una minoría dominante y excluyente” (Escobar, 2011, p. 169).

Entonces, el testimonio del duelo escrito puede soportar la idea de que es una forma de sanar las heridas personales y de toda una nación; y una forma de ver cómo la escritura sirve para olvidar y perdonar. La literatura tiene el poder de dar sentido a los dolores que trascienden el cuerpo, así lo piensa Reyes al decir que:

La literatura, en especial la testimonial, nos ofrece una rica veta para reflexionar y discernir. La novela de Héctor Abad Faciolince no solo rememora la memoria de su padre asesinado por el paramilitarismo: también nos invita a pensar sobre las lecciones que podemos sacar a partir de un recuerdo doloroso, para que éste se constituya en principio de acción político y público en un tiempo presente. (Reyes, 2010, p. 30)

La idea de que la escritura testimonial tiene un papel importante al desentrañar recuerdos como lo hace Abad en la mediación entre el proceso del duelo para la “activación de recuerdos” y la superación de la pérdida, defendida por Caña y Tech, al reconocer que la escritura forma parte de la recuperación de quien tiene la herida abierta de una pérdida.

Sustentado por varios autores que la creación literaria es una forma de elaboración del duelo, veamos cómo es el proceso en *El olvido que seremos*. En la obra se distinguen dos etapas: la primera, que es la narración de la vida y obra del padre del autor, donde se recrea la imagen de quién era y qué hacía. Estas son páginas de añoranza y búsqueda alusivas a la activación de recuerdos propiciada por el autor para abrir, en cierta medida, la herida que le dejó la ausencia del padre y el deseo de traerlo mediante rememoración al presente.

Abad le dedica a esta primera etapa la gran parte de su obra, siendo la más extensa ya que termina en la página doscientos dieciocho. Allí de forma detallada, describe la vida de Abad Gómez en el contexto familiar, laboral y como activista de los Derechos Humanos. Existe un propósito del autor al recordarlo desde varias posturas, en el análisis del proceso de duelo se evidenciará. En la segunda parte del libro, Abad relata la sospecha sigilosa que tenía sobre lo expuesto que estaba su padre ante la muerte, los hechos que concluyeron con el asesinato, la pérdida, el proceso de negación y rechazo ante el hecho y el proceso final de aceptación que elaboró para superar el trauma, esta segunda etapa en este análisis se le denomina reorganización y sanación.

En concordancia a lo anterior, se analizarán las dos etapas presentadas en la narración de la obra, y se interpretará el análisis del duelo en el siguiente orden: 1) activación de recuerdos, entendida aquí como la búsqueda y añoranza 2) rechazo y negación, alusivo a la melancolía y termina con 3) la adaptación y asimilación de la pérdida, relacionada con la reorganización y sanación del trauma.

Activación de recuerdos

El duelo del autor mediante la obra se activa desde sus primeras páginas, la recordación que articula tras su discurso demuestra el propósito de revivir a su padre en su niñez, en su juventud y adultez. El mecanismo de construcción discursiva de Abad se elabora a través de las imágenes que toma de la memoria, imágenes que en el testimonio se tornan vívidas, cercanas, reales. Se construye el puente entre el pasado en el presente, estimulando los buenos recuerdos que lleva consigo para toda la vida y la aceptación de que junto a sus recuerdos está también el perdón. No se puede recordar sin dolor, pero el dolor se transforma en perdón.

La historia transcurre en el pasado, época de niñez, adolescencia, juventud del autor y de los personajes que lo acompañan. Al recrear una narrativa testimonial autobiográfica los personajes que van y vienen constituyen el contexto familiar y social del narrador. Expone entonces, la búsqueda detallada de recuerdos de aquel pasado. En este punto de la elaboración del duelo, la búsqueda es la etapa inicial y centro del proceso que lleva “al recuerdo constante del desaparecido, y se añoran los pequeños detalles de la vida cotidiana que se compartían con el ser querido” (Dávalos, 2008). Abad Faciolince lo demuestra cuando expone su amor para con él:

Yo amaba a mi papa con un amor animal. (...) Me gustaba su voz, me gustaban sus manos, la pulcritud de su ropa y la meticulosa limpieza de su cuerpo. Cuando me daba miedo, por la noche, me pasaba para su cama y siempre me abría un campo a su lado para que yo me acostara. (Abad, 2006, p. 13)

Abad de la forma más amorosa demuestra trayendo de su memoria los recuerdos del amor tan inmenso que le tenía a su padre y viceversa, dibujó tiernamente al niño que admira y venera al padre, que disfruta de su compañía, que lo defiende y cuida ante sus miedos, que estaba ahí cuando lo necesitaba. Abad Faciolince expone lo mimado que era por su padre y lo feliz que era a su lado.

Freud afirma que este tipo de reacciones tienen las personas inconscientemente, la “activación de recuerdos, quejas” que por tener efectivamente lazos fuertes hacen que el sujeto recurra a activar estos recuerdos, dejar de lado y detener su vida en el momento, para priorizar todo aquello que recuerde a la persona que ya no está, que ha muerto, además de no encontrar en ningún otro “nuevo objeto de amor”, su reemplazo. Es con la activación de

recuerdos que el discurso de Abad Faciolince se exterioriza de principio a fin. Notamos que la obra literaria está narrada en primera persona, no ficcionando tras personajes sus sentimientos y vivencias. De este modo, volvemos a ratificar que la narración parte desde un “yo” testigo.

Entonces, y como lo menciona Freud, se reconoce que ese testigo ha perdido no solo una parte física que componía su contexto, sino que además perdió ciertas cosas que él le ofrecía. Por eso es reiterativa la narración en esta etapa de “añoranza y búsqueda”, porque el autor activa desde un comienzo el deseo por buscar y recuperar los recuerdos de su padre, su amor, cariño, afecto, apoyo, etc. Es aquí, en las primeras páginas, donde reviven los recuerdos de su niñez, haciendo por su parte que la búsqueda y añoranza termine en un darle vida a esa persona que ya no está. “Mientras mi papa daba clase, yo lo esperaba sentado en su escritorio y me ponía a dibujar, o al frente de la máquina de escribir, a fingir que escribía como él, con el dedo índice de las manos” (Abad, 2006, p.19).

La libertad con la que el autor protagoniza su historia marca sin lugar a duda los sentimientos de añoranza, en cada línea y cada frase revive una historia familiar feliz. “Ante todas mis inquietudes, mi papa me leía pedazos de la Enciclopedia Colliers [...] o trozos de los grandes autores necesarios para una liberal educación” (Abad, 2006, p. 82).

El narrador sigue en sus páginas activando el deseo por buscar y recuperar los recuerdos de su padre, aparte de demostrar el compromiso que tenía con él. Aquí la estructura de rememoración es el eje fundamental de la narración junto con la elaboración del duelo establecido y sanado.

Sin embargo para las personas, en algunos casos, la elaboración del duelo se hace más fácil y llevadero mientras ellas sepan que sus seres queridos están en la fase terminal de sus días, es decir, saben que van a morir por vejez de una forma natural. En contraposición con la circunstancia anterior, para otras personas no se les hace fácil la elaboración del duelo porque tienen el choque de aceptar a la fuerza la muerte prematura de un ser querido acaecida por algún asesinato, suicidio, accidente de tránsito, etc., sin ninguna preparación y conciencia, a aquellas personas se les dificulta contar lo que pasó, sufren y viven un duelo traumático. Esto le ocurre a Abad en su obra literaria ya que transforma el dolor en arte

escritural sin obviar el trauma que este asesinato le produjo, él reconoce que solo después de veinte años pudo “parir” sus memorias, en estos casos dolorosas, menciona al respecto, “mi vida y mi oficio carecerían de sentido si no escribiera esto que siento que tengo que escribir, y que en casi veinte años de intentos no había sido capaz de escribir, hasta ahora” (p. 232).

Al entretener sus memorias que ya son producto de la aceptación y perdón, el hecho de recrear nuevamente lo vivido manifiesta un carácter individual de compromiso, y en cierta medida de culpa.

“La búsqueda” en la obra literaria de Abad, direcciona la narración hacia la apropiación del pasado en el presente, la reestructuración del tiempo forma y le da vida al personaje, motivo de afecto y amor. La búsqueda, en la primera parte del libro, muestra la capacidad de la escritura narrativa para ejercer la rememoración como forma de superación y aceptación. Si Abad Faciolince no estuviera preparado para recordar o si estos recuerdos le produjeran dolor, ya no se estaría hablando del duelo normal, sino de un duelo patológico.

Rechazo, negación, auto reproches

Prontamente de la búsqueda que Abad Faciolince hace de su padre vivo por medio de sus recuerdos trasfigurados y condensados en su testimonio de sus primeras páginas, Abad continúa en el proceso de rememoración, a fin de que reviva poco a poco el suceso al que ha evadido durante la primera etapa de la narración: la muerte de su padre. A partir de allí, surgen nuevamente las emociones de repudio, rechazo, negación que vuelve a generar Abad el recordar el momento. Viene a bien mencionar, que en este aparte, el rechazo, la negación y auto reproches están vinculados desde el duelo y no el de melancolía.

Pese a que Freud relaciona el concepto de duelo con melancolía, él considera que están estrechamente ligados en cuanto a las reacciones que experimentan los sujetos, como la falta de interés por el mundo exterior, auto reproches, etc.; sin embargo, muestra el duelo como un proceso natural y no patológico, en el que la persona que lo experimenta debe soportarlo y vivirlo para poder superar la pérdida y continuar con su vida, admitiendo que es cuestión de tiempo y que no tiene consecuencias. Pero determina la diferencia entre estas dos y hace énfasis en que la melancolía es como una “herida abierta” que llega a generar en el sujeto un

castigo en sí mismo. Para evitar caer en la melancolía, el sujeto de la pérdida debe encontrar la manera de elaborar adecuadamente su duelo.

Pueden sugerir algunas citas del testimonio de Abad malinterpretar el proceso de duelo normal con el duelo patológico, por ejemplo: “Nunca acepté resignado la muerte de mi hermana, ni nunca podré aceptar el asesinato de mi padre” (2006, p. 232). Sin embargo, se infiere que éste tipo de expresiones son solo reacciones de dolor y como tal pertenece al duelo normal. Se recuerda que la narración que Abad hace de su vivencia de pérdida de su padre evidentemente es posterior al duelo, sin embargo, lo recrea. Es decir, no solo reconstruye la vida de su padre y su lazo con él, sino que rememora su tristeza, frustración e impotencia tras la pérdida porque siente la necesidad de hacerlo, al respecto Abad confiesa:

Sus asesinos siguen libres, cada día son más y más poderosos, y mis manos no pueden combatirlos. Solamente mis dedos, hundiendo una tecla tras otra, pueden decir la verdad y declarar la injusticia. Uso su misma arma: las palabras. ¿Para qué? Para nada; o para lo más simple y esencial: para que se sepa. (2006, p. 255)

Es fundamental notar la secuencia narrativa al recrear la vida del autor con su padre “vivo” y la secuencia de dolor que ejercen los párrafos en el momento de narrar al padre “muerto”. El discurso cambia, la tonalidad se altera, en ese momento se experimenta el duelo en la fase de “rechazo-negación” y se encuentran en contraposición la felicidad de haberlo tenido y la reacción ante la impotencia de no tenerlo, reacción que se manifiesta en la obra en fragmentos como:

Estoy a punto de derrumbarme, pero no me voy a dejar derrumbar. ¡Hijueputas!, grito, es lo único que grito, ¡hijueputas! Y todavía por dentro, todos los días, les grito lo mismo, lo que son, lo que fueron, los que siguen siendo si están vivos. ¡Hijueputas! (Abad, 2006, p. 245)

En consecuencia con la narración, se analiza un discurso cargado de odio, la sensación que siente el autor al decir que se desploma, es el producto de la perplejidad del acto y se demuestra con el ejemplo anterior un indicio de la primera etapa del duelo que “se caracteriza por un estado de choque más o menos intenso, hay una alteración en el afecto, como una sensibilidad anestesiada, el intelecto está paralizado y se afecta el aspecto fisiológico con irregularidades en el ritmo cardíaco, náuseas o temblor” (Dávalos, 2008).

La forma de narración y el lenguaje usado atestiguan el evidente dolor. La impotencia ante la pérdida hace que el discurso de Abad se componga de recuerdos dolorosos e insoportables, el trauma se muestra junto con la actitud de venganza no superada. Esta manifestación discursiva es una de las características de la primera fase del duelo normal, “aturdimiento y perplejidad ante lo ocurrido seguido de una sensación de debilidad” (Rojas, 2008, p. 32). Abad expresa en sus líneas esa perplejidad: “En este momento no puedo llorar. Siento una tristeza seca, sin lágrimas. Una tristeza completa, pero anonadada, incrédula [...] una rabia sin rabia, un llanto sin lágrimas, un dolor interior que no parece conmovido sino paralizado, una quieta inquietud” (Abad, 2006, p. 245).

El proceso de duelo se elabora repetidamente en su discurso, es insistente y se nota en cada palabra entretejida con sus recuerdos y con su dolor. El efecto que crea es que el lector, experimente el duelo con él y sienta afinidad y empatía, y que al igual que el autor vea con desconcierto y perturbación el producto de la injusticia y de la impunidad.

Los lectores, en especial los colombianos, no estamos al margen de estos episodios, no somos ajenos a las circunstancias ni al suceso, y es por medio de la escritura de Abad que muchas personas pueden recordar y, junto a él, hacer el duelo colectivo. La literatura ejerce su efecto, se hace sentir, duele pero también sana.

Aunque son pocas las páginas dedicadas a este suceso, la obra en su totalidad abarca la aceptación del autor frente a la ausencia de su padre. Es por esta razón, que algunos investigadores resumen la obra testimonial como un discurso narrativo producto de la experiencia traumática y con ella su superación. Un ejemplo al respecto es lo expresado por Caña y Tech: “La novela podría ser interpretada como la manifestación discursiva de lo que Dominick LaCapra denomina el proceso de duelo, ya que el narrador contempla la escritura como la práctica articularia por medio de la que logra reponerse parcialmente de la experiencia traumática” (Caña y Tech, 2014).

Esta experiencia traumática y el repudio a lo sucedido, Abad lo manifiesta abierta y tajantemente, dejando clara su postura de rechazo hacia la atrocidad del momento inesperado, pero también en forma reflexiva se refiere así al inminente hecho de la muerte: “Sabemos

que nos vamos a morir, simplemente por el hecho de que estamos vivos [...] Sabemos el qué (que nos moriremos), pero no el cuándo, ni el cómo, ni el dónde” (Abad, 2006, pág. 231).

La certidumbre de la muerte no le es indiferente, sabe que somos entes mortales, que uno de los acontecimientos biológicos seguros es morir, pero la forma de morir es la que le atormenta, cómo murió su padre es un asunto que le es difícil aceptar, dice que hay diferentes tipos de muertes:

De todas las muertes posibles hay una que aceptamos con bastante resignación: la muerte por vejez, en la propia cama, después de una vida plena, intensa y útil [...] Casi todas las otras muertes son odiosas y las más inaceptables y absurdas son la muerte de un niño o de una persona joven, o la muerte causada por la violencia asesina de otro ser humano. (Abad, 2006, p. 231)

Se infiere que Héctor Abad al escribir *El olvido que seremos* descarga tras la pluma el efecto que tuvo la muerte de su padre en él y la negación ante el horror de ser una muerte producto de un asesinato. En el duelo normal y no patológico, la negación que se evidenció con citas específicas, son alusivas a las reacciones naturales del “trabajo del duelo”.

Adaptación y asimilación de la pérdida

La herida está ahí, en el sitio por el que pasan los recuerdos, pero más que una herida es ya una cicatriz. Creo que finalmente he sido capaz de escribir lo que sé de mi papá sin exceso de sentimentalismo, que es siempre un riesgo grande en la escritura de este tipo. (Abad, 2006, p. 255)

Ante el estupor de la justicia del país y el re-calcinamiento de emociones ya frustradas e inconclusas la narración tiene en esta última fase (aparte del componente de indignación y denuncia) una carga de resignación, aceptación y adecuación a la pérdida. Pauta cómo el autor enfrenta el episodio que considera uno de los más fuertes cuando se va un ser querido: “Una de las cosas más duras que tenemos que hacer cuando alguien se nos muere, o cuando nos lo matan, es vaciar y revisar sus cajones” (Abad, 2006, p. 224), en esta cita se aprecia el enorme significado que adquieren esas inocentes palabras en el contexto del duelo, en donde no queda más que “vaciar los cajones” y aceptar que ya no está.

Abad Faciolince menciona en sus líneas la difícil tarea de hacer la reconstrucción personal de lo que había sido y vivido su padre en los últimos días, como era difícil también

la responsabilidad de “abrir los cajones” y revisar sus pertenencias, tema que hace eco en los lectores incluso escritores que sienten la misma afinidad y han vivido el mismo proceso en diferentes circunstancias. Un ejemplo es el de Piedad Bonnet: “Inútilmente busco durante meses una carta que hable de sus tristezas o sus miedos, un diario, alguna nota perdida, doblada en el bolsillo, en la billetera. Mientras hurgo en sus cosas superando mis pudores”. (Bonnet, 2013, p. 53).

Sin medir grados de dolor, el hecho de tener contacto con las pertenencias personales del ser amado que murió, independiente de las circunstancias, genera choques de sentimientos y sensaciones que pueden ser de miedo, ira, nostalgia, melancolía, tristeza, asimilación entre otros comunes del “trabajo de duelo”, encausados hacia el desprendimiento para la superación de la pérdida.

Laplanche y Pontalis retoman la expresión de Freud “trabajo de duelo” cuando lo cita definiendo que duelo “es un proceso intrapsíquico, consecutivo a la pérdida de un objeto de fijación, y por medio del cual el sujeto logra desprenderse progresivamente de dicho objeto” (Laplanche y Pontalis, 1983, p. 435). Estos autores refuerzan y explican los estudios de Freud frente al tema, añaden según la afirmación anterior y parafraseándolos, que la persona está en la última etapa de un proceso interior, el cual le implica al sujeto una actividad final de desprendimiento y asimilación de la pérdida. Héctor Abad Faciolince mediante la acción de abrir los cajones, refleja el trabajo del duelo impuesto por la aceptación de la pérdida, el instinto de encontrar respuestas, recalca la función que tienen los cajones para él, dice:

Abrir los cajones es como abrir rendijas en el cerebro del otro; qué era lo que más quería, a quién había visto [...], qué había comido o comprado [...] qué fotos o recuerdos atesoraba, qué documentos tenía expuestos y cuáles en secreto. (Abad, 2006, p. 224)

El hecho de generar preguntas y suponer respuestas en el momento de revisar los objetos personales de su padre fallecido, es un acto inconsciente inducido por la transición de estados de un sujeto que queda en falta porque admite que la persona no está, no regresa y por ende no tendrá respuestas. Las rendijas mencionadas por Abad pueden ser la puerta dónde se conecta él y su padre a través de preguntas que llevan al dolor del rastro que dejó. Abrir los cajones representa entonces para el autor y su familia una muestra del rito de llorar a sus muertos.

La resignación de recuperar en la producción textual la posible resignificación de la pérdida, “abrir el cajón de un muerto es como hundirnos en esa cara que sólo era visible para él, y que sólo él quería ver, la cara que protegía de los otros: la de su intimidad” (Abad, 2006, p. 226). Abad Faciolince tiene el papel de perseguir con palabras los pasos de su padre, para así exponer los hallazgos que de la muerte de su padre surgieron tras abrir el cajón, Caña y Tech mencionan:

La mayoría de las referencias intertextuales en *El olvido que seremos* son de carácter documental y son el resultado del hallazgo de documentos guardados durante años en el cajón del escritorio de su padre asesinado. Esta apertura del cajón es, a su vez, un lugar común en la narrativa memorialística de los últimos años por lo que el empleo de este recurso apoya el intento de inserción del caso colombiano dentro de un paradigma literario con dimensiones transnacionales. (Caña Jiménez y Tech, 2014, p. 45)

Los humanos tienen por costumbre realizar rituales con sus muertos. Dependiendo del país, cultura y religión, siempre se tendrán rituales los cuales conducen a las personas hacia la paz y tranquilidad. En Colombia, podemos inferir que las costumbres para llorar a nuestros muertos son en resumidas cuentas la velación, el sepelio y su sepulcro. En estos tres rituales las personas pueden llorar a la persona que se fue, incluso después de sepultados. Hay costumbres donde las personas visitan a sus muertos en los cementerios, llevan flores, les cuentan lo que ha pasado, les realizan misas periódicas, entre otros. El lazo entre las personas que mueren y las que quedan no se rompe. De alguna u otra forma, existe el medio para seguir compartiendo con ellos en otras circunstancias.

El hecho de “abrir los cajones” se relaciona también como un rito, porque es un espacio en donde la familia del autor y él lloran al recordar las imágenes del ser querido que no está al ver y estar en contacto con sus pertenencias, sus olores, su privacidad e intimidad. Es desde este modo que se acepta y reconoce la ausencia y vacío que dejó. Al respecto Laplanche menciona que “los datos psicopatológicos se han relacionado fructíferamente con los datos de la antropología cultural acerca del duelo en algunas sociedades primitivas, las creencias colectivas y los ritos que la acompañan” (Laplanche y Pontalis, 1983, p. 436).

No hay duda con el ejercicio discursivo de Abad que el reconocimiento, adaptación y asimilación es la única salida para el perdón. Así como reconoce que la herida está ahí, también reconoce y cae en cuenta que ya no es una herida abierta sino que es una cicatriz. En

este proceso de duelo, en donde el abrir los cajones indica el momento de asimilación, el sujeto usa los mecanismos para tomar nuevamente el control de su vida y restablecerse de la pérdida. El efecto que produce el ejercicio de escritura es cuando de una forma particular Abad:

Mira hacia el futuro, se interesa por rescatar lo bueno de su padre y disipar con la escritura su nueva perspectiva, es capaz de volver a sentir nuevos deseos y expresarlos. Lo significativo se eleva por encima de lo físico, se disipa el lado depresivo, el dolor va disminuyendo, la persona experimenta un alivio. (Dávalos, 2008)

La adaptación relacionada con la reorganización del sujeto está enfocada aquí, en el reconocimiento a través de actividades que envuelven el afrontar la pérdida. Entre ellas está por ejemplo la crudeza que envuelve el hecho de abrir los cajones; directamente se experimentan sensaciones en las que no hay otra salida sino la asimilación y reconocimiento de la situación nueva.

La herida que tenía el autor ante la muerte de su padre, se cierra. El vivir cada fase: desde la búsqueda, exaltando lo mejor que quedó de su padre; la negación al activar nuevamente el episodio del asesinato; la transición que tiene el abrir los cajones y la rudeza como su testimonio de duelo se vuelve denuncia son los procesos de duelo que Abad Faciolince realiza y aparte comparte con sus lectores.

Es evidente que si no se hubiese superado el duelo como proceso normal, el autor aún se le habría dificultado el ejercicio de escribir de lo que pasó. Abad Faciolince pudo y tuvo la capacidad de recordar, y de hablar de la persona amada, de la vida de un ser humano excepcional y ejemplar, donde se configura el discurso formado por todo aquel influjo de momentos vividos de felicidad o de dolor, y que se constituyen una razón para que la memoria, sin previo aviso, archive aquellas imágenes. De esta forma empieza el autor a disipar el trauma.

Es en esos momentos álgidos de dolor y sufrimiento cuando se dispone de elementos para la reconstrucción de historias, se puede observar la esencia del que padece el dolor y que mediante la escritura hace que cicatricen las heridas o se genere un ejercicio de readaptación.

Trauma can be seen as failed experience, because in the case of a traumatic event the discursive process that enables experience to come about has stalled. Failed experience excludes the possibility of a voluntary controlled memory of the event: it implies at the same time the discursivity of “successful” experience and memory. (Alphen, 1999, p. 36)

Los seres humanos tenemos algunas características en común y unas particularidades que nos diferencian. La subjetividad es una de ellas, esta se permea de la experiencia que vive cada individuo y del contexto donde vive; la subjetividad se forma por las realidades inmediatas de cada sujeto, por su discurso en y desde un lugar determinado. Ernst Van Alphen en su ensayo *Symptoms of discursivity: experience, memory, and trauma* (1999) al respecto menciona: “Experience depends on discourse to come about; forms of experience do not just depend on the event or history that is being experienced, but also on the discourse in which the event is expressed /thought/conceptualized” (p. 24).

Partiendo de que el discurso viene desde las experiencias, y que las formas de experiencia no solo dependen de los eventos donde se realizan, sino desde los eventos en los cuales el discurso se expresa, piensa y conceptualiza, se infiere que las experiencias determinan la singularidad de cada persona, su interior y es en su discurso donde se ve el resultado y efecto de cada experiencia vivida.

Desde la experiencia y la memoria notamos la similitud del proceso mental e innato de recordar - hablar - escribir para recapitular las experiencias vividas, una mimesis: “To describe experience as an integration of what is happening into mental schemes or construct suggest that experience are the result of the processing of events by mechanisms innate to the mind”. (Alphen, 1999, p. 37).

Como resultado del proceso y ejecución de la memoria, el autor manifiesta un trauma, esto lo determina el discurso testimonial, la experiencia y el efecto que estos tienen a la hora de abordar los recuerdos, “It was necessary to kill the self in order to live [...] In terms of no traditional narrative continuum it is possible to have died in the past and to continue living in the present” (Alphen, 1999, pág. 35). Abad Faciolince evidenció en páginas previas de éste análisis del duelo, un ejemplo del cómo se percibe el proceso de recordar para recrear en el presente de la narración a un “padre vivo” que se presenta en la búsqueda activa de recuerdos como también vuelve a recrear a un “padre muerto”. Sin duda, el efecto que crea en el lector con la experiencia traumática del autor surge de la necesidad de aceptar que tras la memoria y

la escritura mantendrá vivos los recuerdos de su padre en el presente y superará la pérdida. Es así como Héctor Abad Faciolince necesita volver a “morir” simbólicamente a causa del dolor que le generó la pérdida de su padre aunque queda en él la satisfacción de cumplir el propósito principal de dejar vivo en el recuerdo de los lectores al gran ser humano que partió, es decir, no caerá en el olvido. Es de esta forma que el autor vuelve a resurgir del trauma.

Al hacer partícipes a los lectores del proceso de memoria transformado en discurso testimonial mediante el lenguaje -analizado en el siguiente capítulo-, se genera una correspondencia ya que el discurso trasciende a otros seres permitiendo su interrelación cultural. “The discourse that made them possible is also the discourse in which we can convey them to other humans. Our experiences and memories are therefore not insulating us from others; they enable interrelatedness-culture” (Alphen, 1999, p. 37).

La relación testimonio, duelo y trauma desemboca, en el caso que nos ocupa, en herida social; el autor expuso la intimidad de su padre y su fraternal relación ante el público lector como una práctica de elaboración del duelo y superación del trauma, tal vez consciente que con ello estaba configurando un lazo social, puesto que la herida ya no solo es del autor y su familia sino una herida social.

La sociedad colombiana ha sido testigo del horror de la guerra, muchas familias han sido tocadas por esa mano implacable y sufren el efecto de miles de muertes, asesinatos, secuestros, violaciones, etc.

Entonces, el lazo social que abarca el asesinato de Héctor Abad Gómez es muy fuerte, no es un hecho aislado ni ajeno al entorno; se trata de la muerte de una persona admirada por su comunidad, que hizo importantes aportes en su medio desde su profesión, por tanto su muerte además de ser una herida para la familia, lo es para la Escuela de Medicina, para Antioquia y para el país, contextos sociales en los que aportó y creó conciencia.

Para dimensionar el trabajo de Héctor Abad Gómez cabe recordar que fue el fundador de la Escuela Nacional de Salud Pública, mediante la cual se desarrollaron las primeras campañas masivas contra poliomielitis. Es un hito en la historia de la medicina pública colombiana la promoción de gestores rurales de salud que incidieron en la reducción de las tasas de mortalidad y morbilidad infantil para las décadas de los años sesenta y setenta (Abad citado por Reyes Albarracín, 2010, p. 28)

Los ochenta y noventa fueron años difíciles para la sociedad colombiana, la injusticia social y la violencia fueron la cruda realidad del día a día de una época convulsa, ese fue el contexto en el que tuvo lugar el asesinato del padre del autor. Sin embargo, aceptando la realidad de ese entonces y ensalzando el aporte del padre del autor ante la sociedad, el proceso de duelo toma sentido para Abad Faciolince. Se demostró que el autor desde sus comienzos discursivos en la obra literaria se esforzó por reconocer el aporte en vida y aún en muerte que su padre como legado dejó a él y a una sociedad.

El olvido que seremos nació del duelo que hace el narrador, a través de su testimonio. En el que se materializa, a través de los relatos, las rememoraciones, las experiencias y los sentimientos de dolor, tristeza y rabia que se producen ante la pérdida de un ser querido, su padre.

Capítulo 2

Testimonio, discurso del duelo, narrativa desde la experiencia, sujeto, memoria-olvido y memoria colectiva

El propósito de analizar el testimonio desde varios enfoques parte del interés por clasificar *El olvido que seremos* como testimonio novelado del duelo ya que la obra se compone de hechos concretos que han sido vivenciados por el autor, y explorar desde allí, las características testimoniales que hacen de la obra su distintivo más predominante. Siendo así, se mantendrá un dialogo entre las teorías y la obra. Para iniciar se estudiará el concepto de testimonio con el fin de hallar las particularidades que lo componen e identificarlo como género literario narrativo. Además, se realzará la importancia de la experiencia producto de la memoria para la elaboración del testimonio, sin ella, no habría relato. Partiendo de sus cualidades, se analizará el lenguaje utilizado en el testimonio de Abad Faciolince y su posible impacto en los lectores debido al papel participativo al que toman lugar.

La RAE define testimonio como la atestación o aseveración de algo, en donde se da fe de un hecho el cual se prueba, se justifica y comprueba una verdad. La palabra deriva del griego, mártir («μάρτυρας», «testigo») que hace referencia a quien da fe de algo debido a que lo ha vivido o presenciado. Sin embargo la palabra mártir no tiene un significado de sufrimiento o sacrificio, sino que indica ser “fuente de primera mano” (Trujillo, 2008, p. 92). El testimonio está relacionado con hechos reales y, por tanto, necesita de una voz- testigo para que manifieste esos hechos. Por esta razón, los testimonios se presentan en primera persona, porque inevitablemente están contando una experiencia propia, vivida, manejada y soportada desde el yo. “El testimonio lleva la impronta de un tipo de relato estructurado en primera persona, que daba cuenta de una experiencia apremiante, vivida en carne propia o en proximidad”. (Bustos, 2010, p.11).

El olvido que seremos por tratarse de un hecho verídico, el asesinato de Héctor Abad Gómez, el autor es testigo de lo sucedido lo que le atribuye un valor primordial en el que prueba el asesinato de su padre. Para ello acude a la memoria y cuenta su versión de los hechos en la obra; está dispuesto a recrear lo que vivió, a repetir el suceso, y con palabras, mediante el arte del lenguaje literario, hacerlo real, mostrar una verdad.

Giorgio Agamben menciona que en el latín hay dos palabras que se refirieren al testigo. La primera es *testis*, de esta surge el término testigo y significa etimológicamente aquel que se sitúa como tercero (*terstis*) en un proceso o litigio entre dos contendientes. La segunda es *superstest* y hace referencia al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él (2009, p. 15). Héctor Abad Faciolince realiza, como testigo, la confesión a sus lectores de una realidad que vivió:

De entre el corrillo sale el mensajero que hace señas afirmativas con la cabeza, -sí, es el doctor, es el doctor-. Corremos y ahí está, boca arriba, en un charco de sangre, debajo de una sábana que se mancha cada vez más de un rojo oscuro, espeso. Sé que le cojo la mano y que le doy un beso en la mejilla y que esa mejilla todavía está caliente. (Abad, 2006, p. 245)

Los lectores en efecto, se convierten en sus confidentes ante el hecho, son participes siendo testigos durante la lectura de la narración que hace el autor del doloroso asesinato de su padre y de los acontecimientos que se produjeron alrededor del lamentable hecho. Abad Faciolince no escatima descripciones, mediante sus palabras detalladas encapsula la fugacidad de la vida humana; en cuestión de minutos, los recuerdos que tenía de su padre vivo se convierten en el retrato de su padre muerto.

La obra testimonial de duelo se encarga de que no queden en el olvido los hechos que, aún sin resolver, rodearon la muerte de Héctor Abad Gómez. Por tratarse de un relato de primera mano pasa a ser un documento relevante que retrata una parte de la historia de Colombia, de tal forma que el lector reconoce la particularidad del hecho y la generalidad del curso que seguía el país por esa época. Al partir de su experiencia personal el autor mantiene la memoria viva, así se logra la relación de duelo colectivo y la conexión autor-lector.

En el ámbito literario, la palabra testimonio la usó por primera vez Miguel Barnet, escritor cubano al hacer la novela testimonial *Biografía de un Cimarrón* en 1966, con respecto a Barnet, George Yúdice lo cita:

Para Barnet la misión del escritor de testimonios es desenterrar historias reprimidas por la historia dominante, abandonar el yo burgués para permitir que los testimonialistas hablen por cuenta propia, recrear el habla oral y coloquial de los narradores informantes, y colaborar en la articulación de la memoria colectiva. (Yúdice, 1992, p.211)

Barnet implementó el testimonio en la novela generando encuentros entre los hechos reales y la ficción. Ya no se vio el testimonio como una recopilación de hechos, sino que dimensionó el testimonio a un nivel artístico incorporando narradores lo que hizo que *Biografía de un Cimarrón* marcara un hito en el corpus de las novelas testimonio en Latinoamérica.

Héctor Abad Faciolince mediante su obra *El olvido que seremos* demuestra que el testimonio como obra literaria se ejecuta empalmando la secuencia de sus propias narraciones para hacer una manifestación o denuncia de las experiencias vividas comprobadas por él, su familia y amigos. En este caso en particular, el autor no utiliza en su narración personajes ni hechos ficcionales, más bien, maneja en todo su discurso, personajes y hechos reales, es decir su propio testimonio. Al respecto, puede que el ejercicio de escritura de Abad haya surgido de la necesidad de reconocerse en el ahora, George Yúdice menciona,

“El testimonio popular latinoamericano, por otra parte, surge en circunstancias en que la vida ha sufrido cambios irreversibles y está en vías de reconstrucción. Y es, precisamente, la modalidad testimonial uno de los vehículos privilegiados de esa reconstrucción”. (Yúdice, 1992, p.218).

En efecto, siendo testigo del suceso, a través de su obra *El olvido que seremos*, el autor hizo público su testimonio, tomándolo como vehículo para la reconstrucción de su vida, este es otro motivo que nutre el interés por el estudio de su obra testimonial, el hecho de analizar su experiencia mediante la narración de los hechos, reflexionar sobre el cómo expone su proceso de desahogo y aceptación llegando a exteriorizar su experiencia personal, su visión de mundo y el interés por sacar el dolor que marca su testimonio.

Las novelas como obras narrativas se desarrollan en un tiempo y espacio determinados bajo circunstancias y temáticas variadas. En términos generales, no solo la novela narra una serie de sucesos de la ficción o de la realidad, que en todo caso está supeditada a la subjetividad del autor. Existen manifestaciones literarias de ficción en donde “el lector puede tener razones para sospechar” (Lejeune, 1994, p.63), de autoficción “que mezcla de manera modélica los comprobados elementos autobiográficos con otros ficticios” (Alberca, 2005, p.11) y de no ficción cuando “es necesario que coincidan la identidad del autor, la del narrador y la del personaje”, (Lejeune, 1994, p.52).

Dentro de las obras de no ficción están consideradas como literarias las biografías – narración de la vida de una persona- ,autobiografías –vida de una persona contada por ella misma-, memorias –exposición de hechos de un asunto-, crónica - narración histórica en que sigue el orden consecutivo de los acontecimientos- y testimonio –narración de acontecimientos por parte del testigo.

Según la estructura y título de las obras, los expertos pueden inferir las posibles características que tiene cada una y depende de estas características se les clasifica en algún género o como dice Alfonso Reyes en alguna “función” (Reyes, 1993, pág. 86). Por ejemplo, *Vivir para contarla* de Gabriel García Márquez, *Confieso que he vivido* de Pablo Neruda son obras que pertenecen a la autobiografía, por otro lado, y en relación con el discurso de Abad se encuentran obras como *Los días azules* de Fernando Vallejo, *Mateo solo* de Evelio Rosero o *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnet obras que si bien se catalogan dentro del discurso autobiográfico pueden estar relacionadas con el testimonio por dar cuenta de la “narrativa del trauma soterrado” (Caña & y Tech, 2014, p. 43).

Margaret Randall (1983) conecta el concepto de testimonio y literatura al referirse al testimonio como “una de las ramas de la literatura actual latinoamericana [...] que revela mayores potencialidades y desarrollo, que atrae más la atención de autores y público” (p. 3) y continúa diciendo que es también “un género nuevo, y pensamos que no debemos ser muy excluyentes a la hora de definirlo” (p. 4), sustentando así la idea en que el testimonio ha tomado un lugar relevante en los estudios literarios.

En un intento por definir la obra testimonial de Abad como género, Adolfo Castañón la reconoce como un “testimonio autobiográfico” (s.f, p.114). Augusto Escobar Mesa y María Del Carmen Caña la definen como “novela autobiográfica” y Victoria Eugenia Díaz Faciolince la menciona como la manifestación de una “escritura autobiográfica”. Por otro lado, Andrea Fanta menciona que el texto es “una especie de autobiografía mezclada con la biografía de su padre” (2009, p. 30). Y para Fredy Leonardo Albarracín ubica la novela dentro de la literatura testimonial (p.30).

Se demuestra con lo mencionado anteriormente que ha sido complejo clasificar la obra de Héctor Abad, cuesta saber en qué parcela está, ya que tiene elementos de memoria, datos biográficos y autobiográficos, crónica testimonial y rasgos novelescos por su narrativa; sin embargo para este estudio se determina que *El olvido que seremos* es un testimonio novelado. Sin embargo, como lo menciona Alfonso Reyes “caben todas las combinaciones posibles, los hibridismos, la predominancia de una función que contiene elementos de otras” (2005 [1993], p. 90)”. Abad Faciolince en su escritura testimonial puede tener un poco de uno u otro género “no inclinándose el texto por un recurso expresivo en particular, termina siendo un texto descentrado, pendular, fronterizo, posmoderno” (Escobar, 2011, p. 179), característica principal en *El olvido que seremos*.

Ahora bien, al pensar la obra objeto de estudio de este trabajo, como testimonio novelado, entraría como dice Randall, en el grupo de obras que despierta interés y atrae a los lectores que han atravesado una experiencia similar, también a aquellos que por ser humanos sienten empatía ante el dolor o llama la atención de los lectores que disfrutan esta narrativa del *yo* y ven en el testimonio “la posibilidad de reconstruir la verdad” (p. 11) de un sujeto. El autor no escatima detalles en la narración de los sucesos, los cuales se ven enriquecidos por el ejercicio de la memoria, brindando las imágenes precisas que bien describen el contexto. Involucrado el lector en el espacio y tiempo de los hechos, se produce la cercanía y condolencia frente al dolor ajeno, haciendo de su experiencia un duelo colectivo ya que su historia se convierte en nuestra, y como tal, lo acompañamos con su obra. Al respecto el mismo Abad hace la invitación:

y como todos los hombres somos hermanos, en cierto sentido, porque lo que pesamos y decimos se parece, porque nuestra manera de sentir es casi idéntica, espero tener en ustedes, lectores, unos aliados, unos cómplices, capaces de resonar con las mismas cuerdas en esa caja oscura del alma, tan parecida en todos, que es la mente que comparte esta especie. (p. 273)

Al hacernos partícipes de su testimonio somos parte de su verdad, ya sabemos su versión de lo que pasó. La obra es el vehículo transmisor que nos hace cómplices de los acontecimientos narrados, el lector se convierte en su confidente, un aliado que escucha, se conduele y entiende la honestidad con que el autor abre su corazón y comparte sus íntimos recuerdos. Un ejemplo de lo anterior, es cuando Abad vuelve a reconocer que somos seres humanos que sentimos empatía ante algunas situaciones penosas:

Y si mis recuerdos entran en armonía con algunos de ustedes, y si lo que he sentido es comprensible e identificable con algo que ustedes también sienten o han sentido, entonces este olvido que seremos puede postergarse por un instante más, en el fugaz reverberar de sus neuronas, gracias a los ojos, pocos o muchos que alguna vez se detengan en estas. (Abad, 2006, p.274)

En repetidas ocasiones Abad Faciolince hace extensiva la invitación a los lectores para que se unan a él, ese continuo énfasis con el que admite y reconoce la importancia que ejerce el lector tras su narración constituye la función del testimonio frente al duelo. Mediante las citas anteriores se demuestra la importancia que tiene para el autor la postura del lector al participar en la obra como ser humano, testigo, confidente y aliado. Direcciona de este modo, el propósito de utilizar sus palabras para la elaboración del duelo individual y el duelo colectivo. Las citas anteriores poseen una importancia fundamental al respecto, porque en la obra se expone a través del testimonio la intención de leer la obra desde un espacio participativo para el trabajo del duelo. El testimonio de Abad no se centra solo en contar la verdad de los hechos acaecidos, sino que mediante la escritura el autor cicatriza la herida que lleva dentro de sí.

Para Randall, las novelas testimoniales se encuentran en el testimonio para sí, donde se transmite la voz de un pueblo en un momento determinado (p. 5), es decir, es mediante el testimonio que se da a conocer una voz, una experiencia, un sujeto en un contexto específico, en este caso, la voz de Abad Faciolince en una Colombia violenta y desmemoriada. Además menciona que la persona que escribe testimonios al menos debe estar consciente de su papel como transmisor de una voz capaz de representar a las masas (p. 8).

Este libro es el intento de dejar un testimonio de ese dolor, un testimonio al mismo tiempo inútil y necesario. Inútil porque el tiempo no se devuelve ni los hechos se modifican, pero necesario al menos para mí, porque mi vida oficio carecerían de sentido si no escribiera esto que siento que tengo que escribir, y que en casi veinte años de intentos no había sido capaz de escribir hasta ahora. (Abad, 2006, pág. 232)

Desde este punto de vista, el testimonio de Abad aparte de ser un género narrativo que tiene la intención de comunicar, compartir, narrar las memorias de un suceso, crea un tácito compromiso entre el autor y el lector, un compromiso para reconstruir una verdad, tomando como elementos de primera mano las fuentes directas y componentes discursivos que

proporcionan calidad estética y una voz propia. Abad no duda en reconocer el diseño de su escritura, nos dice que:

Es posible que todo esto no sirva de nada: ninguna palabra podrá resucitarlo, la historia de su vida y de su muerte no le dará nuevo aliento a sus huesos, no va a recuperar sus carcajadas, ni su inmenso valor, ni el habla convincente y vigorosa, pero de todas formas yo necesito contarla. (Abad, 2006, p. 255).

El hecho de escribir para Abad no es el revivirlo, sino crear mediante la escritura un espacio en donde puede desahogar sus sentimientos, su dolor. Debido a que el testimonio está conectado directamente con hechos reales, necesita de una voz testigo que manifieste esos hechos. Por esta razón los testimonios que se presentan en esta obra están escritos en primera persona, porque el autor está contando una experiencia propia, vivida, manejada y soportada desde el yo, “dejó una herida indeleble, [...], lo que se escribe con sangre no se puede borrar”. (Abad, 2006, p.258). No se borra de la memoria individual del autor ni en la memoria colectiva de los lectores como respuesta a la lucha de Abad contra el olvido.

A través del dialogo entre la teoría y las anteriores citas de Abad se corrobora el sentido que tiene el testimonio en la elaboración del duelo de Abad, columna vertebral de la obra. Y no solo el duelo del autor, sino el duelo colectivo con los lectores. De esta forma, el testimonio del duelo de Abad, aparte de ser el medio por el cual transita su memoria, contiene diferentes mecanismos para vincular experiencias, jugar con los ecos de los otros, hablar en sincronía con vivencias similares, para activar junto con los lectores experiencias y emociones del resultado del testimonio novelado del sujeto.

La narrativa del hoy se centra en testimonios novelados, producto del auge de la memoria en la búsqueda incesante de un mundo justo y de la reconstrucción de la sociedad. En torno a este propósito de no olvido, la literatura ofrece la posibilidad artística de asumir el compromiso social mediante obras testimoniales como *El olvido que seremos*.

El testimonio novelado de Abad Faciolince propone un pacto con el lector, él como portador de una verdad, siendo testigo, participa al lector de esa verdad para que se elabore junto con él un duelo, sus palabras lo atestiguan por medio de su obra. El autor considera vital la participación del lector en su ejercicio escritural ante el olvido, y pareciese que el

propósito de la creación literaria de Abad se resume a ello porque reconoce el factor de no poseer sentido e impacto su obra sin un receptor que reproduzca los ecos, me refiero al eco de Abad y al eco que también tienen las personas que se han identificado con él ante la pérdida de un ser querido. La lectura es inclusiva, producto de la participación de los ecos de duelos compartidos.

Discurso del testimonio duelo: desde el lenguaje.

Para Émile Benveniste, el lenguaje está en la naturaleza del hombre, el mundo está habitado por “hombres hablantes”, “hombres hablando a otros” y en últimas “el lenguaje enseña la definición misma del hombre”. El lenguaje por tanto, no es un instrumento, hace parte de la constitución de nosotros mismos. Es mediante el lenguaje que podemos definirnos, reconocernos, presentarnos frente a otros: “Es en y por el lenguaje cómo el hombre se constituye como sujeto; porque el solo lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de -ego-” (Benveniste, 1974, p. 180).

Es por medio del lenguaje que se muestra la experiencia humana, lo que se es, lo que se vive, lo que se siente. De esta manera, la palabra testimonio desde el lenguaje se puede proyectar como un espejo en el que el hombre ve a través de él su propia realidad: “Por poco que se piense, se advertirá que no hay otro testimonio objetivo de la identidad del sujeto que el que así da él mismo sobre sí mismo” (Benveniste, 1974, p. 183). El libro hace posible ese espejo y el reconocimiento de quien lo escribe y quien lo lee; en la obra testimonial queda la memoria de lo que ya no está, que puede ser traída cada vez que se abre el libro, “los libros son un simulacro de recuerdo, una prótesis para recordar, un intento desesperado por hacer un poco más perdurable lo que es irremediabilmente finito” (Abad, 2006, pág. 272).

Al referir un hecho del cual el narrador es testigo, su lenguaje se apropia del suceso de tal forma que el pronombre personal determina su presencia en el lugar de los hechos y su relato se presenta en primera persona, Benveniste hace énfasis en que “el lenguaje está organizado de tal forma que permite a cada locutor *apropiarse* la lengua entera designándose como *yo*” (p. 183).

La secuencia narrativa en *El olvido que seremos* está determinada por el yo narrador, que es el autor, aludiendo a lo anterior, se puede comprobar que la secuencia narrativa del lenguaje en la obra testimonial, está compuesta por el “yo” como narrador-protagonista, y en algunos casos se pasa a la primera persona del plural, para integrar ese sentir con su familia. Algunos ejemplos, de los muchos que hay, en el que se corrobora desde las primeras páginas hasta el final de la obra, la narrativa del yo son las siguientes:

De las primeras páginas llama la atención la forma como el autor expresa su amor profundo hacia su padre desde cuando era un niño, “El niño, yo, amaba al señor, su padre sobre todas las cosas. Lo amaba más que a Dios. Un día tuve que escoger entre Dios y mi papá, y escogí a mi papá”. (Abad, 2006, p.11) Aparte de manifestar el amor que sentía hacia su padre también mediante su narración expone la devoción y admiración que le tenía, “Mientras mi papa daba clase, yo lo esperaba sentado en su escritorio y me ponía a dibujar, o al frente de la máquina de escribir, a fingir que escribía como él, con el dedo índice de las dos manos”. (Abad, 2006, p.19)

Es de vital importancia analizar la narrativa que evidencia el fuerte lazo de amor que le profesa Abad a su padre, el narrador aparte de verlo como ejemplo, quiso siempre ser como él. El lazo familiar que los une se nutre de amor y confianza, cabe señalar que Abad Faciolince es el único hombre de la familia, lo que indica una posición preferencial para con su padre, sin embargo, a medida que la narración continua, se manifiesta un compromiso del narrador cuando admite en páginas previas, “Lo que yo sentía con más fuerza era que mi papá tenía confianza en mí, sin importar lo que yo hiciera, y también que depositaba en mí grandes esperanzas”. (Abad, 2006, p.141)

Cuando Abad mediante su escritura llega al punto de inflexión en donde expone la muerte de su padre, “Mientras mi mamá y yo estamos sentados al lado del cuerpo inerte de mi papá, mis hermanas y los amigos todavía no lo saben, pero se van enterando”. (Abad, 2006, p.245) y entrelazando ese compromiso anteriormente mencionado ahora con la muerte, se puede inferir que el propulsor de Abad para la creación de su obra testimonial aparte de ser el hecho

de testimoniar el dolor que le produjo el asesinato de su padre, también es el compromiso de no defraudarlo, el hecho de escribir salda por decirlo así una deuda, de este modo no le falla.

Los ejemplos anteriores permiten corroborar que la estructura narrativa de la obra se convierte en una confesión de un testigo, de un yo, que le enseña al lector una vida familiar, un pasado en un tiempo presente. Esta característica es una constante en el testimonio novelado de Abad, la cual permite sentir su presencia en la historia, y atrapar la atención del lector, al conocer en detalle su experiencia, sus vivencias personales donde el lenguaje es fundamental y crea efectivamente un impacto en el lector.

El lenguaje para Reyes tiene un triple valor: el primero es gramatical, el valor en la construcción y sentido de vocablos; el segundo es fonético, el valor de ritmo en las frases y periodos de sonido en las sílabas; y el último es estilístico, ese valor de emoción, de humedad espiritual que la lógica no logra absorber (Reyes, 2005 [1993], pág. 85).

En el testimonio, además del uso del pronombre en primera persona, también se manifiesta el tiempo verbal, dado que ya sucedió, el hecho pertenece al pasado, tendrá consecuencias en un futuro y es contado en el presente.

Una lengua distingue siempre “tiempos”; sea un pasado y un futuro, separados de un presente [...] sea un presente-pasado opuesto a un futuro, o un presente-futuro distinguido de un pasado [...] no hay otro criterio ni otra expresión para indicar ‘el tiempo en que se está’ que tomarlo como ‘el tiempo en que se habla’. Es éste el momento eternamente “presente”, pese a no referirse nunca a los mismos acontecimientos de una cronología ‘objetiva’, por estar determinado para cada locutor por cada una de las instancias de discurso que le tocan. (Benveniste, 1974, p. 183)

En la obra estudiada el autor juega con el contraste de los tiempos, su relato hecho en el presente, refiere hechos pasados y alude de alguna forma al futuro:

Todos estamos condenados al polvo y al olvido, y las personas a quienes yo he evocado en este libro o ya están muertas o están a punto de morir o como mucho morirán -quiero decir, moriremos- al cabo de unos años que no pueden contarse en siglos sino en decenios. (Abad, 2006, p. 272)

El tiempo en *El olvido que seremos* es fundamental en la narración, la escritura se realiza en el presente, el autor está en el “tiempo en que habla” y nosotros los lectores vemos el tiempo que él quiere mostrar, el pasado. En ese paso del presente al pasado y viceversa se conecta la narración y se crea la relación de acercamiento con el lector, quien es tocado por la experiencia del autor, vive su desgracia, se conmueve y se solidariza.

Es así que el testimonio novelado de Abad necesita de la apropiación de ciertos elementos de la lengua, como lo son: el uso reiterativo del pronombre *yo* y el manejo de los tiempos verbales debido a que son hechos del pasado que se inscriben en el presente y repercuten en un futuro. A partir de allí, se relatan palabras dotadas de sentido con los acontecimientos y experiencias que hacen que el ser humano se exteriorice a través del lenguaje, se constituya, se identifique frente a otros que comparten y viven en su misma temporalidad.

El lenguaje utilizado por Abad opera de forma continua al impactar al lector por su habilidad estética al transportarlo a un pasado impregnado con sensaciones de dolor, tristeza, melancolía, duelo, etc. a través de las palabras. Por otro lado, se manifiesta en lo artístico por medio de la literatura al mostrar un lenguaje desnudo, transparente, sencillo y capaz de dibujar un mundo de dolor y reconciliación. No cabe duda de que el mejor ejemplo para manifestar la apropiación de la lengua es a través del testimonio de Abad.

Se infiere que el análisis de la obra hasta aquí, presenta a Héctor Abad Faciolince como uno de los representantes del testimonio novelado en Colombia porque logra, mediante el lenguaje, la reconstrucción de la vida de su padre, ataca el olvido al perpetuar sus recuerdos mediante elementos característicos de la narración y complementa la función que tiene su testimonio al admitir que es un espacio donde se elabora su duelo individual e invita a un duelo colectivo.

Función de la experiencia en la narrativa testimonial del duelo

Pasamos de analizar el género al que pertenece *El olvido que seremos* y la forma de la elaboración discursiva testimonial de Abad, al reconocimiento de que el testimonio novelado

se realizó gracias a las experiencias del autor que fueron el propulsor para que se efectuó el ejercicio de escritura testimonial desde un valor estético.

Es inaudito concebir una escritura testimonial sin experiencia, así como no concebir el hecho leer sin tener un texto mediante el cual se realiza el proceso. Las experiencias representan un papel significativo en el testimonio, veamos el por qué.

Alfonso Reyes dice que aunque la literatura es expresión, tiene también la función de comunicar, la obra literaria testimonial logra ambas: comunicación con el lenguaje corriente y práctico, y expresión con el lenguaje estético o literario. Entonces, la literatura tiene como fin la “cabal” comunicación de la “pura” experiencia. Y cuando se llega a la acertada comunicación se experimenta el efecto de “belleza” (Reyes, 2005 [1993], p. 84).

Las experiencias son la fuente principal de información que alimenta los hechos que componen el relato testimonial de Abad Faciolince. Las experiencias son de dos tipos, o se ven desde dos perspectivas: la individual, como testigo víctima, y la del ámbito social, externa, como testigo-cómplice. Dichas experiencias se manifiestan a través del lenguaje y son las vivencias particulares las que constituyen el discurso de una persona y de una sociedad. Por ejemplo, existen elementos que determinan a un sujeto y lo ubican en un lugar en particular:

Las representaciones del mundo, las implicaciones psicológicas y las sugerencias verbales, son las que determinan el ser personal, lo que indica la diferencia para cada uno. Lo que explica que cada ente literario está condenado a una vida eterna, siempre nueva y siempre naciente, mientras viva la humanidad. (Reyes, 2005 [1993], p. 84)

Reyes afirma que los seres humanos se distinguen por diferentes aspectos que constituyen a cada sujeto. Se vive desde una individualidad, de este modo se infiere que cada persona está determinada por lo que ha vivido, las experiencias son las que sujetan la percepción del individuo y es mediante la literatura que puede vivir eternamente.

De este modo, la experiencia da a la obra el efecto testimonial, por eso es importante destacar que la experiencia vivida toma su lugar en todo el proceso de escritura de Abad, desde la activación de los recuerdos hasta verse plasmada en la narración. Para Beatriz Sarlo,

La narración de la experiencia está unida al cuerpo y a la voz, a una presencia real del sujeto en la escena del pasado. No hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración: el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, la redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo comunicable, es decir, lo común. (2006, p. 21)

La difícil decisión de escoger entre los cientos de recuerdos que Abad Faciolince tenía con su padre, es un aspecto de admirar en la obra, pues la escogencia fue determinante para ligar el sentimiento de la experiencia al lenguaje encargado de expresarla. Por eso nos encontramos con recuerdos íntimos de gran significado para el autor, con los cuales se refuerza el profundo dolor del hecho principal:

Sin decirme una sola palabra, sin obligarme a leer y sin echarme el sermón de lo sana para el espíritu que podía ser la música clásica, yo entendí, solo mirándolo, viendo en él los efectos benéficos de la música y de la lectura, que en la vida todos podíamos recibir un regalo, no muy caro y más o menos al alcance de la mano: los libros y los discos. (Faciolince, 2006, p. 124)

La obra literaria de Abad Faciolince, constituida esencialmente por la experiencia, no solo se limita a manifestar lo que ocurrió, el hecho final del asesinato de su padre, sino que desde su vivencia personal exterioriza la relación fraternal y describe cómo fue la vida y obra de su padre, todo esto es un conocimiento que el autor tenía de primera mano, a partir de su experiencia. Es así como el testimonio toma el protagonismo en la elaboración del duelo.

El hecho de que Abad Faciolince haya tenido que esperar tanto tiempo antes de decidirse a escribir su experiencia, es una declaración que se entiende desde su dolor como víctima, que es, de la violencia, hecho que además de afectar a su círculo familiar, afectó también al entorno social al que pertenecía su padre: la facultad de medicina y movimientos sociales y políticos. La experiencia del dolor de Abad producido por la muerte de su padre, afectó su vida, sin embargo, luego de poner distancia temporal a los hechos, pudo expresar sus experiencias y descansar al decir que “ahora que lo escribo soy capaz de llorar, pero en ese momento me invadía una sensación de estupor” (Abad, 2006, p. 245). Ante la reacción que

tiene de la experiencia, Abad Faciolince frente a la escritura experimentó un estado de consternación, su estado emocional impidió que fluyera su narración normalmente. Se determina que el ejercicio de escribir y relatar sus experiencias ayuda al autor a desahogar sus penas, miedos y dolores a través de su discurso, elemento importante para la posición del autor y del proceso de duelo que junto a él hace, al respecto Joan W. Scott dice:

Hacer visible la experiencia de un grupo diferente pone al descubierto la existencia de mecanismos represivos, pero no su funcionamiento ni su lógica internos: sabemos que la diferencia existe, pero no entendemos cómo se constituye relacionamente. Para eso necesitamos dirigir nuestra atención a los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a los sujetos y producen sus experiencias. (2001, p. 49)

Es por esta razón que la palabra “experiencia” aparte de incluir el conocimiento que se adquiere a través de la vida frente a varios sucesos, forma parte fundamental en la constitución de la realidad de la persona. Además afirma Scott que “no son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia” (2001, p. 49).

Se sabe que el testimonio del duelo de Abad se alimenta de los hechos y experiencias que tuvo el autor-narrador-testigo a lo largo de su vida; él estuvo presente en gran parte de lo narrado, lo vio, lo sintió y ahora lo comparte haciéndolo público. Entonces, no es probable que haya lugar a dudas ya que quien narra está tomando el riesgo de atestiguar, de articular sus experiencias y formar de este modo su propia historia, esa que quiere compartir con los testigos cómplices que le acompañan en la lectura y que solo de esta forma puede descansar de toda la carga que lo aquejaba.

La falta de expresión mediante la escritura hacía que el autor no pudiera manifestar sus dolores internos. El testimonio de Abad Faciolince sirve como aliciente para la experiencia, porque como lo afirma Joan W. Scott:

La experiencia es parte del lenguaje cotidiano, está tan imbricada en nuestras narrativas, que parece una futilidad abogar por su expulsión. Sirve como una manera de hablar de lo que ocurrió, de establecer diferencias y similitudes, de decir que se tiene un conocimiento “inalcanzable”. (2001, p. 72).

El testimonio del duelo en la obra demuestra que sin la experiencia no se podría articular el discurso, perdería la esencia del conocimiento que adquirió. La experiencia compone la identidad de un sujeto-testigo-víctima- que se constituye y se apropia del lenguaje para compartir y ser vocero frente a los otros -sociedad-. Quien escribe se encarga de recordar sucesos reales, que al ser compartidos se transforman en un signo de retaliación y denuncia contra la injusticia de una sociedad sin memoria, un país impune ante las muertes que han sido producto de la desigualdad y la violencia en Colombia.

Cabe mencionar a Ricoeur para reafirmar que el ejercicio de Abad Faciolince frente a su recreación de sucesos mediante la escritura artística constata que:

La especificidad del testimonio consiste en que la aserción de realidad es inseparable de su acoplamiento con la auto-designación del sujeto que atestigua. De este acoplamiento procede la fórmula tipo del testimonio: yo estaba allí [...] la realidad de la cosa pasada y la presencia del narrador en los lugares del hecho. (Ricoeur, 2004, p. 211).

Nótese en esta cita la realidad y la presencia del narrador:

Uno queda al mismo tiempo asqueado y hundido en el dolor: fotos de torturados y de asesinados, cartas desesperadas de padres y hermanos que tienen un pariente secuestrado o desaparecido, párrocos a quienes nadie les hace caso y recurren a él con sus denuncias, y semanas después la noticia del asesinato del mismo cura denunciante en un pueblo lejano. (Abad, 2006, p. 207)

La parte social se expone y el tono del autor toma la vocería ante la injusticia y violencia de un país. Realiza el autor en su narrativa, la conexión que existe entre el dolor y la denuncia, en este caso soportada por documentos tangibles, al respecto ya se había afirmado que:

Entre los mecanismos utilizados por Abad Faciolince para inscribir el contexto colombiano dentro de la discursiva global de la memoria se encuentra el uso del fenómeno de la intertextualidad como estrategia que crea conexiones explícitas y tangentes con otros sitios geopolíticos dentro de la cartografía imaginada de los Derechos Humanos. La mayoría de las referencias intertextuales en *El olvido que seremos* son de carácter documental y son el resultado del hallazgo de documentos guardados durante años en el cajón del escritorio de su padre asesinado. (Caña y Tech, 2014, p. 45)

El testimonio novelado de Héctor Abad está lleno de experiencia, lo cual hace posible que la retrospectiva del lenguaje se vuelva artística desde la escritura de un “yo”. El testimonio novelado del duelo es una marca clara del vestigio que dejan las experiencias como testimonio de una verdad, reflejan la realidad social - política del sujeto y las representaciones del mundo. En *El olvido que seremos* las experiencias son el medio por el cual se articula la obra y el manejo del lenguaje es el elemento diferencial que la convierte en una obra literaria de gran valor estético.

La construcción de sujeto a partir del ejercicio de la memoria

El estudio de la escritura de un “yo” en la obra de Abad Faciolince inicia con el análisis de la narrativa testimonial del duelo como anteriormente se analizó, la recopilación de datos, los recuerdos, la memoria y los hechos recogidos desde su experiencia; en tal sentido su narrativa no se enfoca solamente en la descripción y construcción de un sujeto (autor-narrador-personaje) sino que también permite el aporte de las voces que vienen de los otros. En esta sección se analizará el papel fundamental de la memoria en el testimonio novelado de Héctor Abad Faciolince. La construcción del sujeto a través del ejercicio de memoria, la lucha constante de ese sujeto que está en contra del olvido y, el cómo ese ejercicio escritural de memoria resulta manifestando un acto de denuncia ante las injusticias de un país. Por ejemplo en cuanto al papel del sujeto y del otro cabe citar que:

Escribir es, por tanto, «mostrarse», hacerse ver, hacer aparecer el propio rostro ante el otro. Y por ello hay que entender que la carta es a la vez una mirada que se dirige al destinatario (por la misiva que recibe, se siente mirado) y una manera de entregarse a su mirada por lo que se le dice de uno mismo. (Foucault, 1999, p.289).

Vuelve a resonar el papel del sujeto y de los otros en el hecho de que:

La escritura se eleva como el espacio discursivo donde confluyen simultáneamente la vida del protagonista, la de su padre y de la sociedad colombiana y surge de la necesidad que el narrador siente de rendir homenaje y salvar del olvido la memoria de un padre ejemplar asesinado por defender sus ideales de justicia en la ciudad de Medellín. (Caña & y Tech, 2014, p. 43)

La configuración del sujeto en el testimonio del duelo se construye con la recopilación de información y datos, su imagen se elabora desde la perspectiva: 1) autor, 2) narrador y 3) personaje, en las condiciones del autor ante ser hijo de un padre amoroso, testigo de su muerte y víctima del conflicto. Hay un dialogismo que se manifiesta en el sujeto-narrador de la obra de Abad, el sujeto está elaborado bajo características específicas que lo identifican dentro de un contexto social determinado, que es fundamental para formar su rostro.

Para iniciar en el ámbito familiar, la obra de Abad describe la infancia del autor, en la que se evidencia el gozo del estrecho vínculo familiar, la tradición y su relación con otros, por ejemplo Abad escribe al respecto de su vida, “la vida transcurría en una especie de rutina feliz [...] con la empresa de mamá en pleno crecimiento, con días, semanas, meses y años idénticos en las que todos los hijos estudiábamos bien” (Abad, 2006, p. 127).

Se reconoce con lo anterior la comodidad económica, de la misma forma aclara también que él era el único hombre en la familia, posición privilegiada,

En la casa vivían diez mujeres, un niño y un señor. Las mujeres eran Tatá, que había sido la niñera de mi abuela [...] dos muchachas del servicio –Emma y Teresa-; mis cinco hermanas –Mary Luz, Clara, Eva, Marta, Sol-; mi mamá y una monja. (Abad, 2006, p. 11)

Aparte de reconstruir su vida y entorno familiar, Abad habla en repetidas ocasiones sobre el ámbito social de su familia, específicamente de su padre, relata algunas características y cualidades que tenía, y a hace especial énfasis en la influencia que tuvo sobre él, un ejemplo donde expone la posición de su padre frente a movimientos e ideologías políticas es cuando afirma lo que piensan sobre él:

Un político muy importante Gonzalo Restrepo Jaramillo, había dicho en el club-unión –el más exclusivo de Medellín que Abad Gómez era el Marxista mejor estructurado de la ciudad y un peligroso izquierdista al que había que cortarle las alas para que no volara. Mi papa se había formado en una escuela pragmática norteamericana (en la Universidad de Minnesota), no había leído nunca a Marx, y confundía a Hegel con Engels (Abad, 2006, p. 49)

Además de la postura e ideología de su padre, Abad también se enorgullece de la posición laboral que tuvo en la facultad de medicina de la Universidad de Antioquia y en la participación en trabajos públicos frente al estado, al respecto menciona:

A principios de 1978 nos fuimos, solos mi papa y yo, para ciudad de México. El presidente López Michelsen, por solicitud de la embajadora, María Elena de Crovo, había nombrado a mi papa Consejero Cultural en la Embajada de México. Yo acabada de cumplir 19 años. (2006, p. 190)

Es evidente de las anteriores citas la posición social y económica de la que goza la familia por los buenos cargos laborales del padre. Este espacio es determinante para construir su ser, su personalidad: desde la infancia el protagonista evidencia que goza de un vínculo familiar fuerte y tradicional, sus padres permanecieron unidos. Su madre, era una mujer trabajadora y practicante de la religión católica, pero su padre promovía, aunque no el ateísmo, sí un pensamiento liberal, una equidad social y una salubridad para la población paisa, era un hombre trabajador, que focalizaba sus ideales en proyectar la política social desde los diversos cargos públicos que ocupó durante su existencia, la exposición de su pensamiento libertario le permitió concluir a Abad que las creencias:

En últimas, en asuntos de religión, creer o no creer no es sólo una decisión racional. La fe o la falta de fe no dependen de nuestra voluntad, ni de ninguna misteriosa gracia recibido de lo alto, sino de un aprendizaje temprano [...] que es casi imposible desaprender. (2006, p. 92)

El entretrejer las anteriores citas se hace con el fin de situar al sujeto en un campo² determinado, para relacionar la atmósfera que hay entre el autor y los factores internos y externos que delimitan las características en la estructura y en la forma en la que se generan los discursos. El entorno y la vida privada del autor, en este caso testimonial, tiene mucho que ver con la manera como escribe y su toma de posición frente a lo que ha vivido.

² Pierre Bourdieu (1990) define campo como una red de relaciones objetivas entre posiciones objetivamente definidas —en su existencia y en las determinaciones que ellas imponen a sus ocupantes— por su situación (situs) actual y potencial en la estructura de la distribución de las especies de capital (o de poder) cuya posesión impone la obtención de los beneficios específicos puestos en juego en el campo, y, a la vez, por su relación objetiva con las otras posiciones (dominación o subordinación, etc.). (p.22)

Siendo así, en el caso que nos ocupa, Abad Faciolince pertenece a una familia adinerada de Medellín de mediados del siglo XX. En su infancia, adolescencia y adultez gozó de comodidades, lo cual lo ubica en una clase social media alta. Estaba rodeado por una familia unida y amorosa, proyectando así un niño mimado por su papá, mamá y hermanas. Influenciado por la visión de su padre en todo sentido: marxista en lo económico, liberal en lo político, y cristiano (a su modo) en lo religioso.

Los aspectos objetivos del autor narrador salen a la luz cuando cuenta con las fuentes de información, en este caso de primera mano, como los documentos hallados en los cajones del padre del autor, los cuales son prueba de veracidad y de que los testimonios relacionados en la obra hacen parte de la realidad objetiva que se vivió en el país. Un ejemplo al respecto es la lista con los nombres de las personas amenazadas por parte de los paramilitares que poseía Héctor Abad Gómez, entre ellos él.

Además de sacar a flote algunas descripciones donde el autor se ha situado en un contexto en particular objetivo y comprobable, es necesario analizar el hecho de que la narración y discurso de Abad contiene de la mano con lo objetivo componentes de la subjetividad, lo cual obedece a que hay una fuerte emotividad en el proceso de escritura y que la obra está cargada de sentimientos que quedaron de la experiencia vivida, el dolor de la pérdida, la memoria y desmemoria. Se exhibe un carácter confiable acerca de la verdad por ser testimonial, validado por las experiencias vividas.

Abad expone un lado subjetivo relacionado con la experiencia traumática por el asesinato de su padre de este modo, como sujeto el narrador se constituye de lo que tiene dentro, de su sentir, de sus manifestaciones íntimas y de lo que ha vivido. “It involves a ‘re-externalizing’ of the traumatic events that can occur and take effect only when one can articulate and transmit the story, literally transfer it to another outside oneself and then take it back again, inside” (Brisson, 1999, p. 46). Abad comparte al respecto un sentir,

Hay periodos de la vida en los que la tristeza se concentra, como de una flor se dice que sacamos su esencia, para hacer perfume, o de un vino su espíritu, para sacar el alcohol. Así a veces en nuestra existencia el sufrimiento se decanta hasta volverse devastador, insoportable. (Abad, 2006, p. 160)

Las marcas de lo subjetivo corresponden en la obra, a emociones y sentimientos profundos que tiene el autor frente a varios sucesos que le acaecen en la vida, de este modo, el narrador abre su vida al ejercicio escritural y sin rodeos expresa su miedo, dolor, indignación y todo lo que le produjo el sufrimiento desde la pérdida de su padre. Siendo así, el testimonio de aquella persona no es cuestionado por el lector, ya que al corroborar los hechos, investigar su veracidad, se encuentra con la realidad del suceso puesto literariamente en una obra, que al estar atravesada por la subjetividad del autor toma más vida, es más sentida. Aunque en algunos casos la subjetividad crea polémica, en la obra de Abad Faciolince todo el país fue testigo del horror de las guerras que afrontaba la sociedad civil del momento.

Beatriz Sarlo pone sobre la mesa los elementos que son fundamentales a la hora de reconstruir el pasado, un pasado para ella “conflictivo”, miremos el por qué:

No siempre puede creerle a la memoria, y la memoria desconfía de una reconstrucción que no ponga en su centro los derechos del recuerdo (vida, justicia, subjetividad) [...] Puede reprimirlo sólo la patología psicológica, intelectual o moral; pero sigue allí, lejano y próximo, acechando el presente como el recuerdo que irrumpe en el momento menos pensado [...] El regreso del pasado no es siempre un momento liberador del recuerdo, sino un advenimiento, una captura del presente. (Sarlo, 2006, p. 9)

Acá encontramos la respuesta al por qué las experiencias del sujeto en el testimonio se vuelven subjetivas. Al relacionar historia y memoria se genera una controversia, un dualismo, en el que cada concepto va a desembocar en sus propios afluentes, la memoria es subjetiva y la historia objetiva. La memoria al activar los recuerdos no excluye, por decirlo así, el componente subjetivo y la historia estará tratando de recopilar todos los sucesos verídicos de forma objetiva. En este estudio, no se profundiza en el concepto de historia, se menciona superficialmente porque el propósito de este análisis no es entrar en discusión con el voto de confianza que se le ha dado como lectores, al testimonio novelado de Abad.

Esto no quiere decir que se tenga que juzgar constantemente los testimonios bajo el supuesto de que lo subjetivo desacredita una posible verdad, y lo objetivo entonces es de fiar. Lo que el sujeto narra es lo que sale de él, él tiene sus propias motivaciones para hacerlo; da testimonio de lo que experimentó y sufrió, y para demostrarlo tiene argumentos. Separar lo

subjetivo de lo objetivo desgastaría la secuencia narrativa y al lector, sería como romper el vínculo entre ‘corazón-razón’ o ‘mente-cuerpo’.

Nosotros como lectores podemos desarrollar una postura que evidencie la confianza generada a través de la narración del testigo; estamos en capacidad de entender lo que la obra significa para él en términos de justicia, denuncia o memoria, y también podemos interpretar la obra como victimización, una forma de olvidar, vengar o buscar sus propios intereses.

Tenemos claro que cuando hay un narrador testigo como Abad, su testimonio está relacionado con la experiencia real de él mismo como sujeto porque “está unida al cuerpo y a la voz” del mismo. Si esa relación se rompe, ya no habría confiabilidad con lo que el narrador cuenta, se desvirtuaría por completo el testimonio dado. El sujeto testigo hace que la narración sea verídica, sin él no hay narración, no hay experiencias, no hay testimonio, porque “existe experiencia cuando la víctima se convierte en testigo” (Sarlo, 2006, p. 23).

El testimonio del duelo de Abad Faciolince, desde este punto de vista, converge en que es una experiencia subjetiva del sujeto. De este modo se permite afirmar que *El olvido que seremos* es una narración de las experiencias vividas por Abad Faciolince y que puede ubicarse dentro del género testimonio novelado, donde se evitaría caer en postular como cierta o falsa la realidad presentada en la narración ya que constituye una realidad contada a través de un discurso novelado.

Narrativa memoria – olvido en el testimonio del duelo

La RAE define memoria como “la facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado” o “recuerdo que se hace o aviso que se da de algo pasado”³. En términos generales la definición de memoria se distingue en el común por la capacidad de recordar

³ Tomado del diccionario de la lengua española de la Real Academia Española, edición del tricentenario. Consultado en línea: <http://dle.rae.es>.

los hechos vividos en un pasado, o como el ejercicio de rescatar lo que ocurrió, sin embargo Ricoeur presenta otra perspectiva, ante el tema menciona:

Los recuerdos se distribuyen y organizan en niveles de sentido, en archipiélagos, eventualmente separados por precipicios, por otro, la memoria sigue siendo la capacidad de recorrer, de remontar el tiempo, sin que nada prohíba, en principio, proseguir, sin solución de continuidad, este movimiento. (Ricoeur, 2004, p. 129)

La postura que se tendrá en este estudio frente a memoria es el hecho de considerarla un proceso para la conexión de recuerdos que se ejecutan entre el pasado y el presente de un sujeto. Siendo así, la memoria desde el testimonio es el medio por el cual transitan los recuerdos y facilita el proceso escritural como resultado del hecho de significar lo que le acaeció al testigo frente a los hechos. De este modo, la memoria tiene una dimensión social del recuerdo porque es a partir de allí que el autor recuerda, aparte del cómo lo recuerda, de cuáles fueron las circunstancias, etc., todo ello vinculado al afluyente de sus recuerdos.

Para hablar sobre el ejercicio de memoria de Abad Faciolince en *El olvido que seremos*, tomo como primera fuente de este apartado a Paul Ricoeur para exponer por qué la memoria representa una herramienta fundamental para el testimonio y para la elaboración de un texto narrativo. En palabras de Ricoeur, la escritura es “la mediación de una ciencia esencialmente retrospectiva, de un pensamiento regresivo” (p. 221), que hace parte fundamental para la construcción de una historia. Para escribir un texto testimonial, se activan directamente los pensamiento regresivos, memoria, que constituyen un hecho en particular y que, de por sí, son eje fundamental para la reconstrucción y elaboración de una secuencia narrativa de momentos por los cuales el autor atravesó y que lo han constituido. Abad Faciolince ante la recordación de su infancia menciona:

La cronología de la infancia no está hecha de líneas sino de sobresaltos. La memoria es un espejo opaco y vuelo añicos, o mejor dicho, está hecha de intemporales conchas de recuerdos desperdigadas sobre una playa de olvidos. Sé que pasaron muchas cosas durante aquellos años, pero intentar recordarlas es tan desesperante como intentar recordar un sueño, un sueño que nos ha dejado una sensación, pero ninguna imagen, una historia sin historia, vacía, de la que queda solamente un vago estado de ánimo. (Faciolince, 2006, p. 137)

El testimonio del duelo del autor se conforma de hechos, de historias y para ello de memoria. El acto de recordar aquellos hechos que marcaron su vida y rescatarlos de la memoria no fue fácil, así como lo reconoce anteriormente. Éste proceso de recordar tiene cierta complejidad y por ende un orden, al respecto Paul Ricoeur dice, que “comienza en el plano de la percepción de una escena vivida, continúa en el de la retención del recuerdo, para concentrarse en la fase declarativa y narrativa de la restitución de los rasgos del acontecimiento” (p. 209).

En este proceso de elaboración del testimonio, la memoria y el duelo se encapsulan entre un tiempo pasado frente a un tiempo presente, lo que indica que el ser humano viaja a través de los recuerdos, está hecho de memoria y vive el ahora con marcas de ella: “Escribo esto en La Inés, la finca que nos dejó mi papá [...] Me saco de adentro estos recuerdos como se tiene un parto, como se saca un tumor. No miro la pantalla, respiro y miro hacia afuera” (Abad, 2006, p. 253). Entonces “entra en escena la categoría del testimonio en cuanto huella del pasado en el presente” (Ricoeur, 2004, p. 221).

La configuración de imágenes que se producen en la activación de recuerdos hace que los textos testimoniales ofrezcan al lector infinidad de momentos que mediante la palabra vuelven a vivir. Los recuerdos proporcionan información de primera mano para reestructurar los hechos del pasado en función del presente, generando una transición entre el antes y el después del momento vivido. Se activan el lenguaje, lo subjetivo, las sensaciones del pasado, el sabor o sinsabor de lo que quedó. “La memoria es un proceso psicológico que sirve para almacenar información codificada. Dicha información puede ser recuperada, unas veces de forma voluntaria y consciente y otras de manera involuntaria” (Ballesteros, 1999, p.705).

La escritura que se crea en la obra literaria de Abad a través del testimonio de duelo representa la manifestación de su experiencia, de su realidad y posee un valor importante por exponer en su testimonio parte de la complejidad del ser en la sociedad. Es aquí donde no se puede desligar el testimonio del sujeto, de la experiencia, del lenguaje y mucho menos de la memoria, puesto que sin experiencia no hay memoria, y sin lenguaje no hay comunicación. Cada elemento tiene una función en el desarrollo del día a día; la escritura, por ejemplo, es

el medio por el cual se manifiestan impresiones y huellas de un sujeto en un pasado. La obra nos traslada a ese lugar pasado, donde aparecemos como lectores activos dando sentido crítico, entendiendo y siendo cómplices de la proyección de imágenes retratadas por el autor. De este modo,

El hombre está siempre, pues, más acá y más allá de lo humano, es el umbral central por el que transitan incesantemente las corrientes de lo humano y de lo inhumano, de la subjetivación y de la desubjetivación, del hacerse hablante del viviente y del hacerse viviente del *logos*. Estas Corrientes coexisten, pero no son coincidentes, y su no coincidencia, la decisoria sutilísima que las separa, es el lugar del testimonio. (Agamben, 2009, p. 142)

La proteína que necesitan los humanos es el pasado que se encuentra en el testimonio ya que contiene un sinfín de singularidades que lo hacen especial, humano, es debido y a través de él que se reconfigura el pasado y mediante él se dejan ver huellas, vestigios en el tiempo presente de una persona.

El olvido que seremos se compone y estructura desde la memoria individual del autor, la función de la memoria en la obra tiene un papel fundamental por ser la columna vertebral de la narración. El acto de la memoria toma mayor fuerza de acuerdo con Ricoeur porque “la búsqueda del recuerdo muestra efectivamente una de las finalidades principales del acto de memoria: luchar contra el olvido, arrancar algunas migajas de recuerdo a la rapacidad del tiempo, a la sepultura en el olvido” (2004, p. 51).

El ejercicio de memoria que hace Héctor Abad Faciolince en su obra testimonial parte fundamentalmente de los recuerdos del pasado, debido a este ejercicio se presenta una relación directa entre testimonio y memoria, según Ricoeur, una mirada desde estos dos niveles interpretativos supedita la rememoración⁴ ante una lucha constante del autor contra el olvido. (2004).

⁴ Término acuñado por Frances A. Yates en su libro *El arte de la memoria* (1974), donde manifiesta que la rememoración se refiere a la evocación de hechos singulares, de acontecimientos que percibió, conoció y experimentó.

Retomando la importancia de la memoria como elemento fundamental en los procesos narrativos de la obra y en la estructuración de historias, Paul Ricoeur hace un barrido del tema desde los filósofos griegos hasta los actuales sistemas de archivo, para concluir que la memoria es un medio para no olvidar, es el puente que comunica el recuerdo con el olvido, el medio entre el pasado y el presente, el conducto de información de las dos orillas que se genera desde el discurso oral al texto escrito para que sea reconocido y no olvidado. (“La memoria, la historia, el olvido”, 2004). Ante el tema de la memoria los griegos se preguntaban qué significaba tener un recuerdo o intentar recordar, Ricoeur presenta dos posturas diferentes, una desde Platón y otra desde Aristóteles: “el primero se centra en el tema de la Eikon⁵, el segundo se centra en la representación de una cosa percibida, adquirida o aprendida anteriormente, abogada por la inclusión de la problemática de la imagen en la del recuerdo” (Ricoeur, 2004, p. 23).

Para Platón la memoria comprende parte fundamental de la imaginación y para Aristóteles se desprende del recuerdo haciendo un proceso de rememoración⁶. Sin embargo, concluye Ricoeur, que la memoria tiene la habilidad de buscar información de un pasado y utilizarla si está disponible, ya que la memoria es la “búsqueda activa” de un conocimiento. De este modo, y como facultad de los seres humanos, tenemos la ventura o desventura de disponer de los recuerdos que la memoria haya almacenado. La memoria es por tanto una herramienta para rememorar. La literatura hace que los escritores retomen esa rememoración y ejecuten una mirada desde el interior.

La obra testimonial de Abad se distingue por la interposición de los hechos en tiempos diferentes, lo que Ricoeur relaciona al hablar de “memoria en el pasado” y “archivo”, siendo este el medio en el cual se traspasa de lo oral (vivido) a la escritura (memorias), huyendo del olvido. Las memorias tienen la facilidad de poner en manos del común una historia en un tiempo determinado, haciendo que ese momento esté compuesto por tres líneas inherentes:

⁵ Problemática desarrollada en el *Sofista*, relacionada directamente con la representación.

⁶ La rememoración implica la búsqueda de un conocimiento que viene a la mente, tiene un carácter actual. Por medio del recuerdo el agente se acuerda de algo en determinado momento, mediante la rememoración el agente puede tener éxito o fracasar.

pasado, presente y futuro, “si las palabras trazan un mapa aproximado de nuestra mente, buena parte de mi memoria se ha trasladado a este libro” (Abad, 2006, p. 273).

Durante la narrativa del duelo de Abad Faciolince y siguiendo la estructura presentada y los ejemplos que se encuentran en el primer capítulo de este estudio se afirma, que las líneas inherentes entre pasado - presente - futuro se manifiestan y trabajan por igual. Por ejemplo el narrador a mitad de su discurso testimonial cuando relata la historia de su hermana Martha enferma y agonizando de un cáncer, muestra el sufrimiento de toda su familia, allí como en muchos otros ejemplos conecta el pasado con el presente y el futuro, por ejemplo:

“Y mi papá y mi mamá, al fin, después de seis meses de estarse conteniendo, pudieron echarse a llorar delante de ella. Y lloraron y lloraron y lloraron. Y todavía hoy si él estuviera vivo, lloraría al recordarla, tal como mi mamá no ha dejado de llorar, ni ninguno de nosotros, si lo vuelve a pensar, porque la vida, después de casos como éste, no es otra cosa que una absurda tragedia sin sentido para la que no vale ningún consuelo”. (Abad, 2006, p.171)

Es notorio, el puente entre el pasado - presente - futuro que conecta la memoria, por un lado se evoca un recuerdo doloroso de la muerte prematura de su hermana, luego lo configura en el presente donde perdura el dolor en la familia, al final reconoce ciertos comportamientos que supone haría también su padre si estuviera vivo.

La construcción narrativa del duelo hace que se perpetúe y se reconozca un hecho mediante la escritura, que de otra forma hubiera quedado en lo oral. La escritura reestructura aquellos espacios del pasado como un rompecabezas en el presente, además de recrear los hechos, activa la memoria individual del autor en la línea del tiempo del ahora. Es el momento donde, según Ricoeur, la narración tiene pleno sentido, porque es “restituida al tiempo del obrar y el padecer”. La mimesis tiene su cumplimiento en el oyente o en el lector, pues, ella marca la intersección del mundo del texto y del mundo del oyente o del lector. Es el momento donde la trama tiene la capacidad de modelar la experiencia (Ricoeur, 2004, p. 139).

La obra que deja Abad Faciolince posee valentía, en el sentido de atreverse a contar como él lo hizo, dejando ver su interior, tal vez atendiendo al hecho de que “La escritura es un riesgo que hay que correr” (Ricoeur, 2004).

El olvido es la antítesis de la memoria, y la función de la memoria es que perduren los recuerdos de aquellas experiencias que marcaron la vida del sujeto; sin embargo, la memoria no tiene la facultad de recordar todos los recuerdos, algunos se borran y se alejan para siempre de la memoria. Frente a esta ineludible realidad, el esfuerzo más noble es el ejercicio de escribir, el cual se vuelve un ritual para hacer perdurar los recuerdos y para activar el pasado.

En otro plano, el de la justicia, el olvido es el aliado del enemigo, así lo refiere David Rieff:

Como señaló Elie Wiesel, 'la justicia sin memoria es una justicia incompleta, falsa e injusta' [...] el olvido sería el triunfo definitivo del enemigo. Para Wiesel y Ricoeur, la memoria puede conferir una suerte de otra vida a los muertos al negarse a permitir que sean borrados de la memoria como han sido borrados del mundo prematuramente. (Rieff, 2012, p. 55)

Abad Faciolince toma la determinación de ejecutar la memoria como acto de denuncia y en contra del olvido. En su narrativa testimonial manifiesta su inconformidad por los actos de violencia del país, las amenazas directas contra su padre y su consecuente asesinato. Un sinnúmero de recuerdos del autor se activa en la obra literaria haciendo que, a su manera, su padre vuelva a vivir. "Han pasado casi veinte años desde que lo mataron, y durante estos veinte años, cada mes, cada semana, yo he sentido que tenía el deber ineludible, no digo de vengar su muerte, pero sí, al menos de contarla" (Abad, 2006, p. 254).

Citando nuevamente a Rieff: "Debemos recordar, porque el recuerdo es un deber moral. Hemos contraído una deuda con las víctimas... al recordar y contar, evitamos que el olvido mate a las víctimas dos veces" (2012, p. 51), y una de las maneras de mantener la memoria viva es teniendo registro de ella, alimentando con experiencias individuales el archivo de la memoria colectiva, documentarla para no correr el riesgo de que se distorsione con el tiempo. Esta es una de las nobles funciones sociales de la literatura testimonial de Héctor Abad Faciolince.

Conclusiones

El olvido que seremos son páginas nacidas del duelo que hace el narrador, con un fuerte componente testimonial. En el testimonio de Abad se materializa, a través del relato, la memoria, la experiencia y los sentimientos encontrados de dolor, tristeza, impotencia y rabia que se producen ante la pérdida de un ser querido, tanto desde la perspectiva del escritor como también del que elabora a la par el lector.

El proceso de escritura, no solo cauteriza de alguna forma la herida que dejó la pérdida de un ser querido, sino que este proceso llega a tocar los corazones de otros, haciendo la escritura más humana, más real, más abierta, traspasando los límites del arte y transformando el dolor en serenidad. El estilo narrativo testimonial que presenta el autor acerca al lector y lo sensibiliza de tal forma que partiendo de un hecho particular es posible trascender a lo colectivo. De allí que la trascendencia de la obra en tanto lo literario como lo testimonial es un aporte a la función de la literatura en torno a lo social.

La escritura que se crea en la obra literaria de Abad a través del testimonio representa la manifestación de su experiencia, de su realidad y posee un valor importante por exponer en sus memorias parte de la complejidad del ser en la sociedad, su escritura, es el medio por el cual se manifiestan impresiones y huellas de un sujeto en un pasado. *El olvido que seremos* nos traslada a ese lugar pasado, donde aparecemos como lectores activos dando sentido crítico, entendiendo y siendo cómplices de la proyección de las imágenes retratadas por el autor. El testimonio de esta obra confirma que la creación literaria permite elaborar artísticamente el duelo de la pérdida y corrobora que la experiencia de un duelo tratado literariamente puede tener efectos psicológicos positivos para quien escribe y de consciencia social para el lector.

El olvido que seremos se compone y estructura desde la memoria individual del autor, la función de la memoria en la obra tiene un papel fundamental por ser la columna vertebral de la narración.

La narrativa testimonial novelada es producto del ejercicio de la memoria en la búsqueda incesante de un mundo justo y de la reconstrucción de una sociedad que ha sufrido los golpes de la violencia. Una manera para acercarnos a la literatura testimonial es explorar los elementos que componen el discurso de su narrativa desde: 1) memoria, 2) sujeto, 3) experiencia y 4) lenguaje. Estos cuatro elementos trabajan conjuntamente en la narración, están imbricados unos con otros, puesto que sin sujeto no hay experiencia, sin las experiencias no se puede realizar un ejercicio de memoria, sin lenguaje no se constituiría el yo mediante la narración. A partir de este estudio se reconoce que la memoria es fundamental para el ejercicio de escritura del autor del testimonio y de conectar el pasado en el presente; la experiencia es el medio por el que se articula el discurso del sujeto y el lenguaje hace posible la trasmisión del testimonio. De este modo, la lectura de la obra literaria se volverá más amena, humana y real.

En torno al propósito de no olvido y perdón, la literatura ofrece la posibilidad artística de asumir el compromiso social mediante obras testimoniales como *El olvido que seremos*.

Referencias

- Agamben, G. (2009). *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pre-Textos.
- Alberca, M. (2005-2006). *¿Existe la autoficción hispanoamericana?* Cuadernos del Cilha, N° 7/8. 5-18.
- Alphen, Van. (1999). Symptoms of discursivity: experience, memory, and trauma. En M. Bal, J. Crewe, & L. Spitzer. *Acts of Memory. Cultural Recall in the Present*. London: Dartmouth College.
- Ballesteros, Soledad. (1999) *Memoria humana: investigación y teoría*. Psicothema, Vol. 11. 705-723.
- Benveniste, É. (1974). *Problemas de lingüística general*. Juan Almela (trad.). México: Siglo XXI.
- Bonnet, P. (2013). *Lo que no tiene nombre*. Bogotá: Alfaguara.
- Bourdieu, P. (1989-1990). *El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método*. En *Criterios, La Habana*, 28, 20-42.
- Brisson, S. J. (1999). Trauma Narratives and the Remaking of the self. En M. Bal, J. Crewe, & L. Spitzer. *Acts of Memory. Cultural Recall in the Present*. London: Dartmouth College.
- Bustos, G. (2010). La irrupción del testimonio en América Latina: intersecciones entre historia y memoria. Presentación del dossier "Memoria, historia y testimonio en América Latina". *Historia Crítica*, 40, 10-19.
- Caña Jiménez, María del Carmen, y Tech, V. (2014). Los paseos por Auschwitz de Héctor Abad Faciolince. *Romance Notes*, 54.1, 41-49.
- Castañón, A. (s.f.). Sobre un memorial de Héctor Abad Faciolince: El olvido que seremos. *Revista universidad de Antioquia*, 114-116.

- Díaz Faciolince, V. E. (2014). La muerte, la memoria y el olvido en escritos de Héctor Abad Faciolince. *Revista virtual Católica del Norte*, 7-16.
- Escobar Mesa, A. (2011). Lectura sociocrítica de El olvido que seremos: de la culpa moral a la culpa ética. *Estudios de Literatura Colombiana*, 29, 165-195.
- Faciolince, H. A. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.
- Fanta Castro, A. (2009). Imágenes del tiempo en El olvido que seremos de Héctor Abad Faciolince. *Revista Letral*, (3), 27-40.
- Fernández Luna, P. (enero-junio de 2013). El ruido de las cosas al caer: La conciencia histórica como respuesta a la estética de la narco novela en Colombia. *La Palabra*, (22), 29-39.
- Foucault, M. (1999). *Escritura de sí*. En *Estética, ética y hermenéutica*, Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1979). *Duelo y melancolía*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J., y Pontalis, J. B. (1983). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Labor.
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul - Endymion.
- Lira, E. (2010). Trauma, duelo, reparación y memoria. *Revista de Estudios Sociales*, 36, 14-28.
- Medina, F. M. (2011). El malestar en el duelo: nuevas formas de relación con nuestros muertos. *Desde el Jardín de Freud*, 11, 229-248.
- Meza Dávalos, Erika G; García, Silvia; Torres Gómez, A; Castillo, L; Sauri Suárez, S; y Martínez Silva, B. El proceso del duelo. Un mecanismo humano para el manejo de las pérdidas emocionales. *Revista de Especialidades Médico-Quirúrgicas*, vol. 13, núm. 1, enero-marzo, 2008, pp. 28-31. Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado. México.
- Randall, M. (1983). *Testimonio*. Costa Rica: Alforja.

- Reyes Albarracín, F. L. (2010). El olvido que seremos y Mi confesión: testimonio, memoria e historia. *Revista Comunicación y Ciudadanía* 4, 24-30.
- Reyes, A. (1993). *Apolo o de la literatura*. En teoría Literaria. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Rieff, D. (2012). *Contra la memoria*. [Debate]. Barcelona: Random House Mondadori.
- Rojas, S. (2008) *El manejo del duelo. Una propuesta para un nuevo comienzo*. Bogotá: Norma.
- Sarlo, B. (2006). *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Argentina: Siglo XXI.
- Scott, J. W. (2001). Experiencia. Traducción de Moisés Silva. *La ventana*, 13, 42-73.
- Solano Cohen, V. (julio - diciembre de Zois). Por nosología de la violencia del narcotráfico: topos literarios de los años de la peste. *La Palabra*, (27) ,79-92.
- Trujillo, E. B. (2008). Los testimonios o las narrativas de la(s) memoria(s). *Estudios Políticos*, 32, 85-11.
- Vanegas Vásquez, O. K. (julio-diciembre de 2014). Héroes vagabundos: Memoria narrativa de la guerra colombiana. *La Palabra*, (25), 43-56.
- Yúdice, G. (1992). Testimonio y concientización. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 18, No. 36, *La Voz del Otro: Testimonio, Subalternidad y Verdad Narrativa* (1992), 211-232.